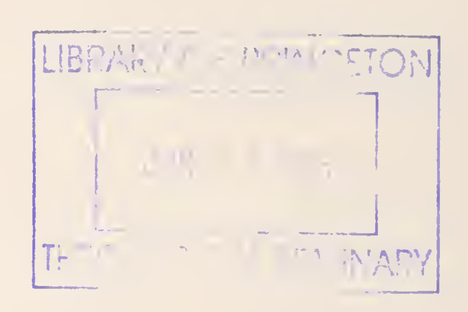


Solidaridad

14



Noviembre 1944

BUENOS AIRES

Solidaridad

REVISTA MENSUAL

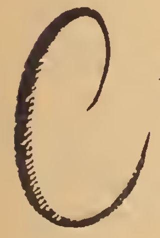
DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Calle SARMIENTO 412 - Piso 1.°
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires



Solidaridad de los Católicos Americanos para la unidad del continente. Unidad del continente para la paz del mundo

Año II | Noviembre de 1944 | N.° 14

Meditación acerca del día de la hispanidad



ABAL justicia sería llamar al 12 de octubre con estas simples y claras palabra, "día de la hispanidad"; pues, adaptando con alguna audacia pero no sin cuenta de lo que media entre lo divino y lo humano, uno de los "logias" del Evangelio, nadie se atreverá a negarnos que podría y debería empezarse una historia de América diciendo: "En el comienzo era España".

Su arremetida épica, en efecto, abre al Nuevo Mundo las puertas del tiempo. El continente oscuro, aletargado en el sueño de la barbarie, de su mano recibe con la gracia de la Luz el privilegio glorioso y doloroso de la vigilia creadora.

Desde Europa, cáliz henchido hasta los bordes por el fervor religioso, el heroísmo guerero, la sed de aventuras, los fantásticos sueños, los crecientes dolores y la codicia del oro, la vida se derramó como una lágrima y vino a empapar estas playas con su salobre angustia, mas también con los consuelos de la fe y las promesas de la esperanza.

En el entresijo de dos océanos, celada por la cautela de lo incógnito, defendida por los dragones del mito y del pavor, Dios se tenía reservadas estas tierras como un ensanche potencial del mundo, como una Canaán prometida por su gracia a la plenitud de los tiempos o quizá mejor, como un lugar enjuto de cristianos odios fratricidas donde construir, para un diluvio más o menos lejano pero cierto —diluvio de fuego y no de agua que podríamos decir se está cumpliendo—, el Arca de Salvación de la humanidad futura.

Y en esa empresa de abrir las rutas de los siete mares y señorear la tierra, España fué la comodora de Europa. Abanderada fué e iniciadora de una cruzada impar y sin segundo ante la cual las otras, que ensangrentaron el feroz oriente musulmán, apenas si cuentan como ensayos cruentos e inhábiles, medios dispendiosos de comprobar lo efímero de las fundaciones de la espada, in-

tentos frustrados de abrirse a tajos de montante y botes de lanza una picada al porvenir.

España, nación de gentes recias, veterana de ochocientos años de guerras, entonces fusión de reinos de naciente pujanza, puso bajo los sueños de Colón, la alfombra mágica de su poderío. Sobre la palabra de un alucinado botó sus carabelas llenas de cruces y de espadas, de frailes y soldados y los lanzó a colonizar las lejanías del misterio. Y como la cruz brillaba ya entre las constelaciones de estos cielos la cruz traída por España arraigó y prosperó en América con una proliferación de milagro, vencedora por la sola acción de presencia del ídolo pétreo y la caliginosa mentalidad del indígena y también juez severo de los "malos usos" y abusos de encomenderos y conquistadores.

Cristiano y español nació este continente para la vida y para la historia, el 12 *de octubre de* 1492. *Cristiano de norte a sur y de polo a polo y católico a justo título. La herejía vino un siglo más tarde e importada por hombres que ni eran de raza hispánica ni tenían los mismos ideales y estilo de vida. Y nótese que en América, donde se predicó el catolicismo nunca brotó la herejía como vegetación espontánea, siempre apareció como planta exótica e invasión exógena. Hágase el inventario de los monumentos arquitectónicos de la colonia y se verá, peyorativa y elogiosamente, que es como hacer un recuerdo de iglesias. Imágenes milagrosas de antiquísima adoración o veneración especial podrían dividirla en provincias místicas. Penetrar en sus leyendas, estudiar sus supersticiones, examinar su folklore es rastrear un fondo ancestral de creencias cristianas, a veces torpemente deformadas, otras peregrinamente conservadas.*

En su obra: "Las grandes Bulas de Alejandro VI", certeramente ha podido decir el P. Leturia que: "No es posible volver los ojos a los orígenes de la civilización cristiana y europea en el Nuevo Mundo sin tropezar con el pergamino y los sellos plúmbeos de las Bulas pontificias. Los originales de las dos celebérrimas de Alejandro VI, la de la de la donación de las tierras descubiertas y por descubrir del 3, *y de la demarcación del* 4 *de mayo de* 1493, *presiden la historia dormida del Imperio Español, en el Archivo de Indias de Sevilla". Y añade* Vicente *D. Sierra, cuya es la cita arriba transcripta, en su libro: "El sentido misional de la conquista de América": Afirmamos una fe. Esas Bulas continuarán rigiendo la historia de la hispanidad".*

Bien se deduce pues, por todo lo dicho, que no es caprichosa conjetura ni afirmación infundada decir que cristianismo e hispanidad se funden y confunde en el primigenio ser de América, que, cualquiera que sean nuestras ideas actuales al respecto, si procedemos con sensatez y no queremos amputarnos las raíces mismas de nuestra personalidad originaria, debemos tenerlos muy en cuenta. Un liberal inteligente —que los hay— e ilustre en las letras españolas del siglo pasado, Clarín, ha dicho con franqueza que honra la sinceridad de su pensamiento: "Desde ese punto de vista —el suyo, naturalmente, el liberal— yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al catolicismo por todos conceptos. Ah!, no; sea lo que sea de mis ideas de hoy, yo no puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo (o quien fuese), ni lo que hizo por mí mi madre. Mi historia natural *y mi historia* nacional *me atan con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del catolicismo... como obra humana y como obra española. Yo todavía considero como cosa mía la catedral labrada y erigida por la fe de mis mayores; en ella penetro sin creerme profano; yo no escucho allí la voz de Mefistófeles que me dice:* Oh, tu non dei pregar!"

Si estas palabras pudieron ser escritas en el esplendor del racionalismo y en la propia casa solariega de la hispanidad, allí donde el paisaje se ha hecho historia y el paso de encontradas culturas dejó rastros para entretener y dar pábulo a las más variadas meditaciones, ¿cuánto mejor las pronunciaríamos nos-

otros, depuradas de reticencias escépticas, ahora, que castastróficas experiencias han desbaratado las arrogancias del progreso indefinido, y aca, donde, sobre el paisaje desértico y en casi todo el ámbito de América, la arquitectura recia y armoniosa de las iglesias es la fusionada expresión del arte, la religión y el pasado?

"Se hunden las viejas culturas del Mediterráneo y América, para salvarse se repliega en sí misma —ha podido decir un escritor—, unida por su conciencia histórica y por el presentimiento de su destino". Serio es el trance y tenemos que meditarlo porque nos va en ello la vida perdurable y nuestra dignidad como pueblos.

La historia está llamando a las puertas de América para hacer de ella, en verdad, el Nuevo Mundo del futuro y tenemos que prepararnos para asumir con dignidad y eficacia esa tremenda responsabilidad.

"Hay que pelear con la vida que pasa por la vida que nos queda" —sentenció Unamuno, y Ortega y Gasset afirmó acertadamente que: "De lo que hoy se empiece a pensar depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas".

Hace dos años expresó en parecida circunstancia don Ricardo Rojas, que: "En los últimos cincuenta años, América ha adquirido una mayor conciencia de sus realidades y de sus posibilidades. Somos hoy menos ingenuos y más capaces que hace medio siglo. Han avanzado el panamericanismo, el autoctonismo, el populismo, y se va esclareciendo en todas las regiones americanas la emoción telúrica y el ideal autonómico. Podemos afirmar sin jactancia que estamos viviendo el ciclo de nuestro propio descubrimiento de América. Nuestras carabelas zarparon en la epopeya libertadora; hemos navegado durante más de un siglo entre tempestades y escollos y calmas letales; pero no es aventurado decir que vislumbramos ya las playas de la esperanza".

Son palabras arrogantes pero en buena parte equivocadas. Pertenecemos, sin sujeción a nadie, a la España eterna y no podemos ni debemos desentendernos de sus genuinas esencias que son con la nobleza, el ánimo esforzado y el amor apasionado a la libertad, la religiosidad ascendrada, el cristianismo medular.

El diabólico crisol de la guerra va a fusionar a los pueblos en grandes grupos rivales por homogeneidad de caracteres raciales y creencias doctrinales. En ese trance, conservar la unidad será conservar con la dignidad el respeto y las posibilidades. Toda América, y la de habla hispánica en particular, tiene un irrenunciable destino cuya custodia le impele a restaurar un pasado que contiene unificantes elementos en las aspiraciones comunes en el idioma y en las creencias religiosas que informan el espíritu de sus instituciones. El gran simulacro de la España de Indias que fué la Colonia despedazada a justo título durante el proceso de la emancipación tiende ahora a unir idealmente sus separados trozos y reconstituirse en entidad espiritual. Diversos somos y diversas seremos las naciones de hipano América, pero en cada una alienta como propia el alma de la España eterna, es España que partió de Palos y aquí se aposentó sin que por eso dejara de alentar, ubicua, sobre "el cuero del toro", sobre el suelo español.

Carece por completo de sentido la expresión de quien dijo: "Si se amputara a España su apéndice ultramarino no padecería mutilación vital. Pero a las naciones de Hispano América no pueden ser separadas espiritualmente de la madre patria sin que aparezcan como decapitadas". De un lado y otro del océano vive, como substratum étnico, la España clásica, la España del conquistador y la del Cid, y tanto la moderna España como las naciones hispanoparlantes hijas y herederas son de la gloriosa y vieja, aunque no nos repugna conceder a la

primera, como los tiene, solar y privilegios de mayorazga en el goce de la materna herencia y en la consideración de las patrias americanas.

Pero es necesario depurar debidamente antes de adoptar este concepto de la hispanidad, malamente inficionado de doctrinas extrañas tanto de derecha como de izquierda. Todo hispanismo que no beba en las fuentes remotas y cimeras de lo clásico hispánico es remedo y falsedad. Hispanismo es cristianismo y generosidad, es nobleza y honor, es respeto y libertad; un estilo de vida y un verbo en los que lo individual y lo colectivo hallan expresión cabal. El cardenal Isidro Gomá y Tomá lo definía como "la proyección de la fisonomía de España fuera de sí y sobre los pueblos que integran la hispanidad. Es el temperamento español, no el temperamento fisiológico, sino el moral e histórico, que se ha transfundido a otras razas y a otras naciones y a otras tierras y las ha marcado con el sello del alma española, de la vida y la acción española".

Hispanismo y cristianismo son privilegios irrenunciables de las repúblicas de Sud América. No hay opción posible sino entre el ser y el descantamiento, es decir la entrega a otro estilo de vida en el que se entrará forzosamente con librea de servidumbre. No hay división tampoco, aunque muchos lo quieran: hispanismo y cristianismo es una fusión de tiempo y sangre que sólo el tiempo y la sangre podrían separar.

***El 12 de octubre** debería ser llamado el día de la hispanidad.*

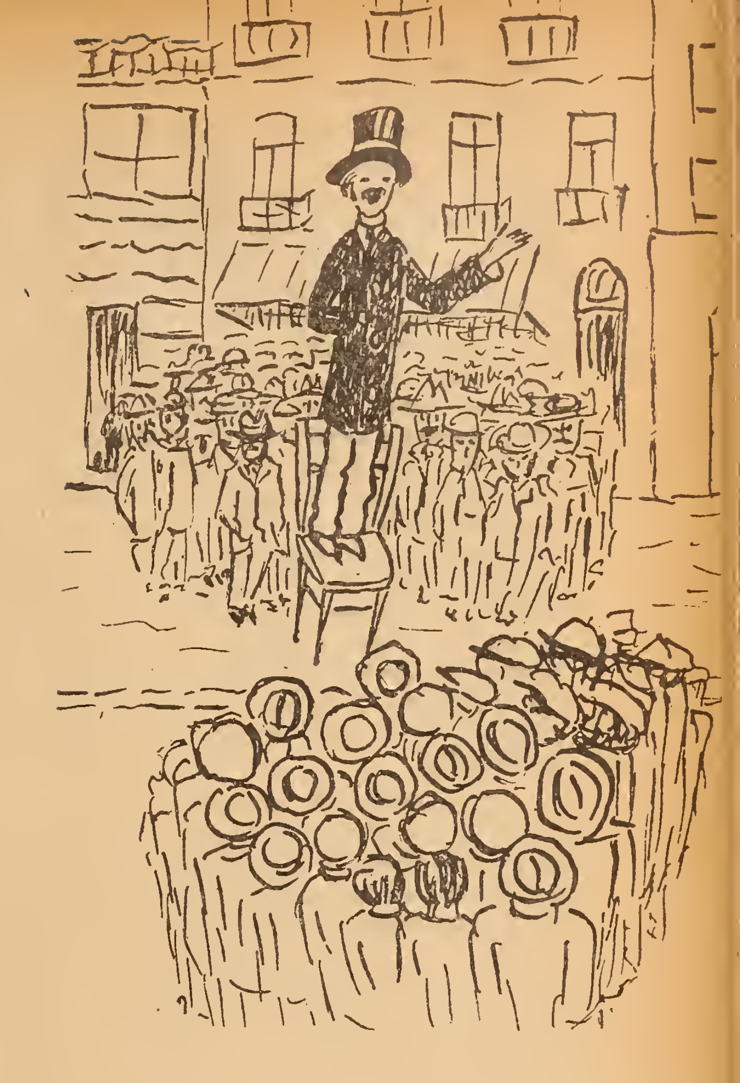
Antón Belalcázar

Quito - octubre 1944.



Ensalada

(Relato histórico)



MUERA la democracia! ¡Viva el gobierno del pueblo! ¡Abajo la dictadura! ¡Arriba la tiranía! Tales fueron las expresiones que barbotó el hombre de galera negra y bigotes gruesos, según referencias de los peatones que le escucharon el principio. Cuando yo llegué el orador estaba en la apódosis de uno de sus magníficos períodos:

—. . .; caen en la fenomenología psicoanalítica del existencialismo, dentro de su aspecto matemáticamente relativo obnubilados por la cosmotrópica mecánica ondulatoria de la bomba cohete. . .

Una salva de aplauso y un griterío ensordecedor acogieron tan brillantes y sabias palabras.

La multitud apiñada en la vereda y en parte de la calle. ofrecía el espectáculo frecuente en la "Avenida de Mayo" donde no pasa tarde sin que se detengan individuos a cual más extravagante; para coviferar propagandas de agujas mágicas que se enhebran con sólo apoyar el hilo sobre su imán o de monda-papas que rebanan los tubérculos en rodajas matemáticamente semejantes. Pero el locutor de la galera negra, no era un vulgar propagandista; "se trata de un sabio" decían unos; "es un fenómeno". exclamaban otros; "el mejor hablista", expresaban éstos; "un loco lindo" comentaban aquéllos.

Admirados o irónicos, lo cierto es que todos le escuchaban en ese instante con silenciosa atención.

El locutor tomó de nuevo la palabra:

—El aplauso de ustedes es un signo de aprobación con que se ponen de acuerdo conmigo en principio. *Lo interesante para mí sería que ustedes estuvieran de acuerdo conmigo* al final. *No todos podemos hacernos oír a balazos porque no todos disponemos de balas. Por eso, debemos imponer el discurso, que generalmente tampoco tiene ninguna utilidad sino la de envanecer al que habla, pero que se convierte en cosa grande e incontrastable cuando es discurso.*

Discurso significa razonar para persuadir y todo el que no sea un perfecto burro *comprenderá fácilmente que un discurso que no convence no es discurso. Pero yo no he venido en este instante a exponer un tratado de oratoria porque a ustedes les importan un bledo la oratoria y los discursos. Sólo les interesa divertirse, distraerse, pasar el rato, entretenerse. Y yo los voy a entretener a todos ya que todos ustedes a la vez tienen profundo interés en instruirse con el menor esfuerzo, en el menor tiempo y sin el menor pasto. No otra cosa hacen los escritores, que al fin y al cabo son oradores por escrito. Tratan de entretener, ya que a nadie le interesa ser convencido de nada. Unos y otros, oradores y escritores leen mucho y por lo tanto no tienen necesidad de pensar. A los que tienen que hablar y escribir a diario, no les queda tiempo para pensar. No quiero decir que estos eruditos plagien. Citar y repetir a su modo no es plagiar. Y es una verdadera lástima que los oradores y escritores no plagien, al pie de la letra porque reeditarían obras bien pensadas sin desnaturalizarlas.*

Yo comprendo que ustedes se fatiguen con esta exposición, porque aunque les interesa muchísimo instruirse, en los días de sol prefieren ir a un partido de fútbol y en los días de luna prefieren ir al café a quejarse de los curas y del gobierno. De sermones estamos hartos y aquí como en el Norte, lo único que interesa es "empacar mucha moneda" y la moral que reviente. ¿Dónde está la moral? ¿Dónde la conciencia? preguntaba un cura desde el púlpito. Y a los pocos minutos, cuando descendió tuvo que agarrarse a patadas con otro cura (detrás de la sacristía) porque ambos pretendían desempeñar un alto puesto ministerial con la intención de enseñar a los hombres la conciencia y la moral.

Y los curas tenían razón; porque si Jesucristo volviese al mundo, con el progreso a que éste ha llegado en tanques, super-aviones y robots, seguramente impondría a patadas su ley de amor y de caridad. Por otra parte, hace falta plata para todo, hasta para comprar catecismos y acaso también para adelantar en el ejercicio de perfección y virtudes cristianas. Y cuando no se puede vivir del altar, no es un crimen vivir del presupuesto.

En todo es cuestión de tener ideas claras. señores. Lo que es claridad, podrímos afirmar que no falta, porque ahora todo el mundo pretende hablar claro, pero la cosa es encontrar ideas. Yo confieso francamente que no las encuentro por ningún lado, a pesar de mi afán por leer cuanto libro se escribe y oír cuanta conferencia se pronuncia.

"HAY UN CONFUSIONISMO BARBARO", repiten a diario los intelectuales y los no intelectuales de todos los pelajes. Es evidente que quienes hablan del confusionismo ajeno carecen de toda confusión desde que lo afirman con una sapiencia, seguridad y violencia incuestionables. Yo, sinceramente me siento algo confundido en este apocalíptico torbellino al que todos aluden. Pero lo paradógico del caso es que debo ser el único confundido porque los demás hablan siempre del confusionismo ajeno, aunque mezclen lo literario a lo político y a lo temporal y a lo artístico y a lo eterno y a lo económico y a lo religioso.

Francamente, no soy profeta ni taumaturgo ni vidente, sino a lo sumo una voz que clama en el desierto de la Avenida de Mayo.

Y ojalá estuviese desierta sólo la Avenida de Mayo, lo grave es que las arenas del desierto lo han invadido todo.

El locutor tomó un respiro que aprovechó uno de los oyentes para exclamar: "este tipo está loco".

—Los niños y los locos, dicen siempre la verdad —retomó la palabra el orador—; los que no son niños ni locos no la dicen nunca. Yo sé que no soy niño, al menos en el sentido de la frase, pero no sé si soy loco. Lo terrible sería hacerse el loco para poder decir la verdad. Denotaría que las gentes están sumergidas en la mentira hasta un grado inconcebible y en este caso, francamente no tengo ningún interés en ser cuerdo. No hay duda que la cordura impone respeto, ¿no les parece a ustedes, gentes sencillas, que se debería analizar también qué clase de locura es la llamada CORDURA?

Es cordura, por ejemplo, que los pueblos débiles y desarmados no se opongan a los fuertes, porque les va la vida aunque tengan razón. Y cuando un pueblo fuerte comete injusticias contra determinado estado, es cordura que lo apoyen todos los países satélites con intereses creados o sin ellos, porque (como decimos los criollos) hay que dejarle ganar al caballo del comisario. Aunque, dado el progreso a que ha llegado el mundo, sería calumnioso afirmar que los estados pequeños tienen interés o temor. Es evidente que lo único que interesa a los grandes y a los pequeños estados es la justicia, la lealtad, la rectitud, sin la menor presión ni en el orden internacional ni en el orden interno. ¿Quién puede dudar de la plenitud de soberanía de que goza cada estado y de las francas y absolutas garantías de libertad? Las diplomacias no desarrollan su acción sino dentro del cumplimeinto de pactos, de la solidaridad espontánea, de la unión libre de todos los pueblos. ¡Y qué cosa grande es la libertad, sobre todo para los pueblos chicos! ¡Viva la libertad! ¡Viva la grandeza de los pueblos grandes y la chicura de los pueblos chicos! ¡Viva . . .!

El orador fué interrumpido por los aplausos de unos y por los gritos de otros. No se podía adivinar todo el alcance de las aclamaciones, pero es lo cierto que el locutor en el paroxismo de su entusiasmo y emocionado al extremo no reparó que la galera había volado de su cabeza y que la multitud (que en ese instante era enorme) se la había repartido a pedacitos en pocos minutos, como reliquia de santo. Después de prolongada pausa y honda respiración tomó de nuevo la palabra:

—Y bien; vosotros, amados feligreses, gentes sencillas, católicos auténticos y prácticos de la Avenida de Mayo; continuad con vuestras prácticas piadosas y vuestros trabajos pletóricos de espíritu sobrenatural. Si sois periodistas, seguid llenando las páginas de las revistas con chistes verdes y mujeres en malla; total son pecaditos de escándalo y de incitación a la lujuria que no tienen importancia. Unos miles más o menos de almas que se condenen por vuestra originalidad periodística no os puede ser tomado en cuenta, ya que compensáis esas faltitas artísticas confesando que sois católicos, apostólicos, romanos.

Y vosotros, los nenes de mamá, que vivís de renta, católicos prácticos también, puesto que jamás faltáis a misa los domingos; seguid en vuestras voiturette LEVANTANDO PROGRAMAS y engañando a vendedoras y modistas.

Estad seguros que Dios disimulará esos pasatiempos inocentes, puesto que vosotros depositáis moneditas en el platillo que circula durante la misa. ¿Acaso no compráis también escarapelas de beneficio cuando os las ofrecen "niñas bien" en las puertas de las confiterías? Por otra parte, ¿qué culpa tenéis vos-



—y vosotros, "católicos prácticos"...

otros de que las corrompidas obreras se dejen seducir con tanta facilidad? Lo traen en la sangre y por otra parte será un honor para muchas de ellas haberos brindado sus amabilidades. Sería ridículo, además, que renunciarais a vuestras características "vivezas" de las que os jactáis con toda razón cuando sentados contra el mostrador de los bares os dedicáis a sorber los copetines más explosivos y a comentar éxitos donjuanescos mientras paseáis el ambiente con miradas veteranas y cancheras.

Continuad por ese camino, único en que hallaréis paz para vuestros corazones, si es que tenéis corazón, ya que ahora este utensilio está fuera de moda.

Y vosotros, "católicos prácticos" también, pero especializados en la justicia y caridad que predican los pontífices, ya que disponéis de holgura económica para tener choferes, mucamos y sirvientas; continuad obligándolas a levantarse a las seis de la mañana y tenedlas al trote hasta las once de la noche. Contribuiréis así a evitarles la ociosidad, fuente de todos los vicios y les ahuyentaréis los malos pensamientos, esos pensamientos que vosotras ¡niñas bien! alejáis tomando copetines y asistiendo a películas de amor. Más aún, vosotras mismas comentáis en piadosas tertulias que ni el cine inmoral puede ser reprobable cuando se asiste para poder criticar las películas malas y evitar a las hijas el peligro. Estáis, hijas mías, demasiado bien isformadas en moral y con criterio de tan subidos quilates no necesitáis consultar ni a sacerdotes sabios, prudentes y honestos, que los hay.

Amados y amadas oyentes: prestad atención a lo que debo añadir, porque tiene suma importancia. Fijaos en la expresión: No incurráis en el error de darles demasiado bien de comer a vuestros sirvientes, acordaos que el ayuno ayuda mucho a contener las pasiones.

Vosotros, aunque no ayunéis ni en cuaresma, no importa, tenéis siempre las pasiones a raya, cuando tenéis pasiones, porque la "gente bien" generalmente no tiene pasiones. ¿Y para qué las necesita? ¿Verdad hijos e hijas?

Ahora bien, si vuestros peones y sirvientas tienen alguna vez la audacia de pediros aumento de sueldo dominados por el pecado de ambición, debéis delatarlos inmediatamente a la autoridad que corresponda porque con seguridad están contaminados de comunismo. A esta gente que pide aumento de sueldo lo mejor es asegurarla en la cárcel. ¿Para qué necesitan más de cuarenta o cincuenta pesos? Vamos a ver, ¿para qué? Ellos no necesitan medias caras,

ni trajes elegantes, ni tabaco fino, ni muebles mullidos, ni diversiones. Que se den una vueltita por "la costanera" y se acabó.

A esa ralea hasta es peligroso darle comodidades; se acostumbran mal y se ponen imposibles. Por otra parte, ahorros no necesitan porque hay asilos para cuando envejezcan. Francamente, yo creo que los Papas y los grandes sociólogos han exagerado.

Finalmente, mis amados católicos prácticos y sinceros, vosotros los que podéis dar puestitos y hacerlos quitar y que en todo ajustáis vuestra conducta sólo al estricto cumplimiento del deber, echad "sin asco" a la calle a cuantos sepáis "por chismes", que hablan mal de vosotros.

Total, el pecado de venganza en vosotros es integridad y aunque fuera venganza ¿no dice la Biblia que Dios sabrá tomarse venganza de sus enemigos?

Y nada de "acomodar" a los que no tengan buenas cuñas, porque quienes no poseen el arte de buscarlas no merecen nombramientos ni ascensos: ¿quién les manda ser tan pusilánimes? "Deus salvavit homines et jumenta" se ha dicho. En consecuencia, si Dios se encarga de salvar a estos idiotas que llegan puntuales a la oficina y hacen méritos en ella, ¿por qué las van a sacar barata también en esta vida?

Por otra parte, amados directores y jefes de reparticiones: no os fiéis de estos "pavotes" que "se rompen todo" por ser leales, cumplidores, eficaces, productivos; os quieren adular y pretenden ascensos, no son heroicos, son innobles. Fiaos de los que os saludan y alaban (mientras estáis arriba) de los que os hacen telegramas y os envían flores y regalitos. Estos son derechos y competentes . . .

El orador no pudo continuar porque las risas, carcajadas, aplausos y gritos le impedían hacerse oír. Saludó con la mano, bajó de la silla y se introdujo en una "Lechería-bar" no sin preguntar en la puerta si el establecimiento estaba en la "lista negra". Ocupó una mesita y cuando el mozo se aproximó, limitóse a pedir: "Ensalada".

Unos hombres que habían ocupado mesas próximas observaron la finura con que el orador almorzó dos o tres platos de ensalada, algunas frutas y una bebida sin alcohol. Después pidió papel y tinta y comenzó a redactar una carta. Mientras escribía, se presentaron unos señores, que casi a viva fuerza le obligaron a que los acompañara. Mientras caminaban por la vereda, la multitud que los seguía escuchó:

—Diga, amigo, ¿usted es evangelista?

—No, señores.

—Entonces es judío.

—Tampoco; soy católico.

—Bien; pero ¿con qué permiso dirige la palabra a los católicos prácticos?

—Con permiso de la policía.

—Es que usted se mete en el dogma y en los misterios y no tiene la autoridad jerárquica.

—¡Ché! Ustedes me están cachando.

—¡Qué lenguaje más heterodoxo usa este sujeto (se dijeron mutuamente).

—Diga —insistió uno de ellos— ¿por qué se mete con los católicos prácticos?

Respondiendo entonces, el orador dijo: —Os preguntaré yo también una palabra; respondedme:

—Vuestro catolicismo práctico que menosprecia a los judíos ¿es el mismo que predicó el judío Nuestro Señor Jesucristo?

Vuestro catolicismo práctico que acepta diferencias de clases, diferencias de rangos, diferencias de apellidos ¿es el mismo que predicó el pobre obrero de Nazaret que naciera en un pesebre? Vuestro catolicismo práctico que fomenta envidias, traiciones, deslealtades, venganzas, lujurias, egoísmos, murmuraciones, calumnias ¿es el mismo que predicó el Hijo del hombre, verdadero Hijo de Dios? Entendedlo de una vez por todas: yo pertenezco a la religión católica, apostólica y romana, pero al catolicismo formulista e hipócrita en que habéis caído la mayoría de vosotros que no estáis con Cristo ni con el espíritu de las directivas del Romano Pontífice, vicario de Cristo, francamente no pertenezco.

Los hombres se miraron unos a los otros y se dijeron: "está loco" y burlándose de él le llevaron fuera de la ciudad donde le dejaron molido a golpes.

J. Lezica Unzué Anchorena Dorrego Alzaga Paz

(*Seudónimo de* J. Rodríguez Pérez García López Domínguez Tallarini)

Versión de Lucien Fontenay



Evocación emotiva ante la estatua gloriosa del Coronel Falcón

HAY hombres en la historia de las instituciones humanas, cuya existencia está señalada por un signo providencial... Ese signo puede ser unas veces blasón de privilegio, y otras, consigna de inmolación y de sacrificio... Ese es el signo glorioso que ostenta —para orgullo de la Policía argentina la vida luminosa del Coronel Falcón: Una vida forjada en el yunque de las recias disciplinas humanas... adiestrada en las justas heroicas del renunciamiento y del sacrificio... vida aureolada con el nimbo que ostentan únicamente, los predestinados que se hacen acreedores al reconocimiento de la posteridad y los que, sembradores del bien y apóstoles del deber, —sin claudicaciones, debilidades ni desmayos— dieron a su deleznable envoltura humana, consistencia metálica de bronce y dimensión granítica de estatua... eso fué, es y será siempre, mientras exista bajo el firmamento azul de nuestra patria, el hálito vital de la libertad y de la hidalguía, la figura inolvidable y señera del Coronel Falcón. Bronce y estatua. Bronce templado en las más arduas vicisitudes, bronce de firmeza, en la firmeza broncínea del carácter, en la tenacidad de la voluntad, en la dura resistencia para el sacrificio... bronce resonante para los acentos viriles de la autoridad... bronce para los llamados difíciles e ineludibles del deber... bronce para la consigna ardua e impresionante del peligro... bronce para templar en la curva de la resignación y del perdón cristiano, el bronce envenenado y cruel de la bala homicida... y bronce, finalmente, que es perfil cincelado por la mano de un artista invisible, que quiere, perpetuar los rasgos de un hombre, destinado a compartir los honores de la deidad... ¿Cómo? En la dimensión granítica de la estatua... El Coronel Falcón, fué en su vida, en su actuación humana y azarosa, una estatua venerada y admirable... Imponía, por su sobriedad, entereza, fidelidad y hombría de bien y despertaba la admiración y el respeto de todos los que lo rodeaban, porque fué en su tiempo y en el ambiente convulsionado de su época, un hombre extraordinario y providencial. Falcón, espíritu integérrimo e incontaminado, que siempre entonó con sereno entusiasmo y acendrado patriotismo las viriles y exultantes estrofas del himno patrio: "Oid mortales, el grito sagrado, libertad, libertad, libertad", no pudo sospechar jamás que una palabra melíflua, cordial y exótica "*tovarich*" —camarada— traída a nuestro país con las melodías sentimentales y suaves de la canción de los barqueros del Volga, podría ser algún día en nuestra patria generosa y libre, la consigna para la perpetración de un atentado, o para la ejecución de un asesinato... y sin embargo, la unción inspirada de las notas del himno patrio: "Oid mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad" no fueron capaces de ahogar en el pecho excéntrico y amargado de Radowiski, las ansias de rebeldía, de venganza, de

sangre, de asesinato... He ahí, la antítesis que la Providencia ha querido yuxtaponer para ejemplo de las futuras generaciones argentinas, en la luctuosa jornada del 14 de noviembre de 1909. Falcón y Radowisky: La luz y las tinieblas; el orden y la rebelión; la enseña inmaculada y el trapo rojo... la disciplina y la insubordinación... el acatamiento y la intemperancia... la moderación y la violencia... el derecho y la anarquía... la justicia y el pistolerismo... la oración y la blasfemia... el honor y el ultraje... la caricia evangélica y la perfidia judaica... la mano generosa y amplia que se extiende para oblar una limosna caritativa, y el puño duro y áspero que se cierra y contrae, para arrojar el petardo, manejar el revólver y perpetrar el crimen... ¡Falcón y su victimario! La policía y el anarquismo... Falcón previó, porque tenía un sentido profundamente argentinista de los problemas, el peligro que se cernía sobre nuestra ciudad y sobre nuestra Patria... Sintió con amargura el choque de las nuevas corrientes ideológicas encontradas. Supo darse cuenta de que nuestro país no es terreno propicio para los "ismos" exportados... que la Patria de San Martín y de Belgrano, de Rivadavia y Sarmiento, de Justo Santamaría de Oro y de Mamerto Esquiú, no puede convertirse en campo de experimentación, para el cultivo de doctrinas sin raigambre y sin tradición en nuestro suelo... Que la Argentina, constituye en el continente, una promesa y una realidad... Promesa de una democracia depurada y de jerarquización y realidad geográfica de espíritu y unidad, indestructibles... Falcón fué un hombre de orden, porque fué un hombre de hogar... y fué un hombre de hogar, porque tuvo el culto de la honorabilidad y la hidalguía, traducidos en la adoración a Dios, el respeto a la familia y la veneración a la Patria... Tres virtudes que son el "santo y seña" y la consigna gloriosa de las dos instituciones a las que Falcón dedicó durante su vida, sus afanes y sus desvelos: *el Ejército y la Policía*... Por eso, la imagen de Falcón debe perpetuarse en el recuerdo de las generaciones argentinas, como ejemplo y como símbolo... Ejemplo de honradez, de abnegación, de patriotismo... Símbolo inmortal, antorcha inextinguible, grito perdurable ante la amenaza y el peligro, que levanta su voz para decirnos desde las riberas de la inmortalidad, que pese a desplomarse el cuerpo ante la bomba incendiaria o la bala homicida, el espíritu, el heroísmo, el amor... no perecen ni se extinguen jamás... ¡Coronel Falcón! Los argentinos no te olvidaremos nunca y honraremos eternamente tu augusta y querida memoria.

José M. González Alfonso



"AMIGOS Y MAESTROS DE LA JUVENTUD" por Manuel Gálvez.

AMIGOS y maestros de la juventud" está hecho con la sustancia sentimental de los recuerdos al igual que sus hermanas eminentes y clásicas ya en la literatura argentina: "Juvenilla" de Miguel Cané, "Tiempos Iluminados" de Enrique Larreta y "Retablo español" de Ricardo Rojas. Pero no es un libro que como los citados idealice un tanto la realidad y retenga solamente los rasgos verdaderamente dignos de perduración de sus modelos. No repite en su espíritu la generosidad hombruna del verso del poeta: "La culpa no fué de nadie y ya estamos todos viejos". El autor ha preferido hacer un retrato bien realista que, como aquellos daguerrotipos antañones que maravillaban a nuestros abuelos, es fiel, pero no favorece mucho a sus modelos. El barojismo, *de Gálvez, tan perceptible en sus últimos artículos de "El Pueblo", está ya omnipresente en el alma de estas páginas. Sólo en contados retratos de amigos la pluma del autor no destila sus recatados ácidos y son ellos los de Carlos Octavio Bunge y Delfina Bunge de Gálvez, tratados por el autor con esmero de artista y simpático propósito.*

Pero estos amigos y maestros de la juventud de Gálvez, cuya condición de tales no está acreditada en todos los casos de modo indubitable, no son en realidad el asunto de la obra. El autor transparece demasiado por debajo de ellos para que no pueda ser considerada en justicia como una autobiografía escrita por un procedimiento reflejo, una autobiografía en que estos autores deponen directamente o indirectamente acerca de la personalidad o de la labor literaria del autor, que es ciertamente muy interesante manera de escribir una autobiografía y merecería ser conceptuada como una verdadera innovación en la materia.

Manuel Gálvez, cuya obra ingente ha fatigado la prensa en una producción incesante, ocupa un lugar distinguido junto a esa otra cumbre de la literatura católica argentina, tan pobre en esta rama de las letras, que se llama Martínez Zubiría y casi tan fecundo como él, y no hay duda que se ha vinculado por lazos de camaradería a los más destacados hombres de letras que hayamos tenido nunca y ha vivido en una de las épocas más brillantes e inquietas de la literatura argentina, la década que va de 1900 a 1910, cuando viejos maestros del pasado, gloriosamente supérstites, cedían plaza a jóvenes talentosos e iconoclastas, no sin librar antes descomunales combates que alborotaban los cotarros.

Era la época en que bajo la égida de "La Nación", Rubén Darío ejercía su magisterio poético, renovaba la lírica con los aires de Francia e injertaba sus rosas paganas en la encina española. Leopoldo Lugones, escintilaba sus rimas e imágenes funambulescas, derrochando pujanza vital en contorsiones y audacias que hacían bizquear de fastidio a retóricos y filisteos. Payró, Quiroga, Florencio Sánchez, Joaquín de Vedia, Juan Pablo Echagüe, Roldán, Ingenieros, Becher, y tantos otros trabajaban, soñaban, vivían una bohemia que si no era la que retratara Murguer, como afirma el autor, era sí un empeño romántico, cerebral e inocente de vivir como por entonces vivían algunos artistas de Europa. Más o menos todos aspiraban a ser "raros" o porque por tal se les tuviese en los corrillos de la Gran Aldea.

El Buenos Aires, burgués, ostentoso y "noveau riche" de fines de siglo pasado y comienzos del presente, causaba a los incipientes escritores, dentera y grima y ocasión sobrada para malsinar a troche y moche de cuanto tenque se les presentara a la vista, sin perjuicio de pasarse al enemigo en la primera oportunidad, pero no sin derrochar, mientras tanto, talento en epigramas y frases. En los "Versos de Año Nuevo" de Rubén Darío hay una "saudadosa" evocación de todos esos afiebrados soñadores que concluían con el correr de los años en buenos "papás" y hasta en "millonarios".

Ese es el Buenos Aires y esos son los hombres que pinta Gálvez en "Recuerdos de la vida literaria. "Amigos y maestros de la juventud". Una pintura asaz verista

y por lo tanto, con frecuencia, triste. Nosotros hubiéramos preferido menos verdad real y más verdad artística, es decir, ese procedimiento que acicalar, sabiamente suprimir lo demasiado humano, lo que no interesa, porque aun calladas las flaquezas se presuponen y expresadas no condicen con esa caridad y generosidad que parece reclamar el pasado. Cuando la muerte borra de la vida a los hombres lo que importa no son los defectos que pudieron tener sino las virtudes si las hubo. Debiera haber siempre un sentido constructor y ejemplar en la redacción de memorias. No todo recuerdo es viable. Bien ha dicho Gracián: "No todas las verdades deben decirse: unas porque me importan a mí, otras porque a otro". Y no es que Manuel Gálvez no haga algo de justicia a los grandes méritos de sus amigos y maestros. La hace Pero siempre la mención de algún caso o cosa viene a deslucirlos y ella queda desagradablemente como vulturina tullidura sobre una cima.

Sentimos en verdad hallar estos lunares en una obra por otros conceptos estimable. Pero, ante todo, nos debemos al lector y a la verdad antes que a la fama y el respeto que nos merezca el escritor, caso en que se encuentra Manuel Gálvez a quien admiramos sinceramente.

Lea el lector "Amigos y Maestros de la juventud" y estamos seguros que encontrará solaz y el semblante de una época porteña que nunca más ha de volver.

"LA POLITICA ARGENTINA Y EL FUTURO DE AMERICA", por *Enrique Ruíz Guiñazú.*

Cuando la política internacional produce literatura puede asegurarse que las cosas no marchan como sería de desear y que naciones o personas necesitan *absolver posiciones*, como se dice en términos forenses, con miras a propiciarse el dictamen del futuro. Por eso, con todo y apreciar debidamente la claridad, sinceridad y elevadas intenciones de este libro y estimarle sobremanera oportuno y conveniente, hubiéramos deseado, en bien de nuestro país, que su autor ni nadie tuviese nunca ocasión de escribir nada semejante. Diplomacia que se explica y justifica es negocio que se ha enredado y que al final dejará un saldo melancólico.

A veces, naturalmente, no está en manos humanas conducir a términos de benevolente comprensión las complicadas relaciones de los pueblos. Imponderables de desconfianza, de resquemores y prejuicios interfieren tenazmente las ocasiones de mutuo entendimiento, precisamente frente a problemas vitales, y el imperio de ideas-fuerzas hacen hablar idiomas distintos a los hombres. Este es el caso de la política continental sustentada por nuestro país frente a la concepción norteamericana de esa misma política en el actual conflicto bélico y esas las gestiones que ha tenido que encarar y los inconvenientes que ha debido afrontar el ex canciller de relaciones exteriores de la República Argentina doctor E. Ruíz Guiñazú.

"La política argentina y el futuro de América" es la exposición prolija de una difícil gestión ministerial en el concreto caso de entender y ejercitar la solidaridad continental, salvando al mismo tiempo los inalienables derechos de la soberanía harto comprometidos por la presión del más fuerte sobre los más débiles.

Comprendemos perfectamente que para hallar soluciones instantáneas y conciliadoras de todos los intereses habría sido necesario no ya el talento, sino lo imposible el genio y la fortuna. Debemos conformarnos entonces con que la gran inteligencia, la experiencia y el patriotismo del doctor Ruíz Guiñazú hayan salvado los principios secularmente sustentados por nuestro país en sus relaciones con todas las naciones del mundo.

Pero este libro no es simplemente una memoria de cosas que pasaron, es también un sincero intento de "desatar el nudo y no cortarlo", según propias palabras, mirando y estimulando a contemplar cómo circunstanciales e influídas por una mentalidad de guerra los bruscos gestos e inadecuadas actitudes de la gran Nación hacia la altiva república del Sur de América. Contiene asimismo este libro sugestiones para rever y perfeccionar el panamericanismo, en el futuro, evitando la gradual deformación de lo que en sus orígenes fué noble y sentida aspiración de todo el continente.

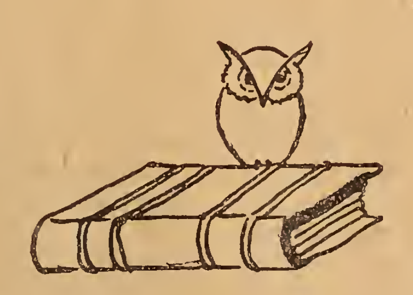
El autor ha pensado sensatamente que la República Argentina debe salir del actual *impasse* en que se halla frente a Estados Unidos, y que el hombre de la calle debe tener todos los elementos de juicio para

orientar su criterio. Aquí están, pues, no sólo sus pasos por las cancillerías y por las conferencias internacionales, no sólo sus cambios de ideas con diplomáticos extranjeros, conversaciones y correspondencia, documentos y conclusiones, sino también sus actuales puntos de vista y sus previsiones para el futuro. Mira al continente como a una gran patria; halla posible y deseable el entendimiento con EE. UU. y se muestra siempre como el celoso defensor de la soberanía y la libre determinación de los pueblos.

Cree que, para la consecución de todos estos propósitos y aclarar debidamente la atmósfera internacional, debe eliminarse "la propaganda sistemática que ha voceado una postura internacional argentina en la que nunca se ha encontrado. Porque si la política de la neutralidad ha sido fiel al dictado de una conciencia y de una tradición rectilínea al presente, la ruptura de relaciones con los países del Eje —que jamás fué descartada como posibilidad— tiene el sello de lo irrevocable". Dice bien el doctor Ruíz Guiñazú, y nos parece que en esa eliminación que propicia debe procederse sin contemplación contra todos los extremismos, pues tanto el de izquierda como el de derecha traen el agua a su molino con evidente perjuicio para el buen entendimiento.

Las actitudes internacionales de los pueblos deben ser una continuidad y no cambiar con los hombres que pasan por las representaciones de los mismos. Y se podrá sostener y aun demostrar que el doctor Ruíz Guiñazú ha sido un tanto rígido en la interpretación de los principios; que le ha faltado esa superior habilidad para conciliar los opuestos sin menoscabo de ninguno. Pero siempre se habrá de convenir que, de acuerdo a su recto saber y entender, obró como bueno, con patriotismo y equidad, y devolvió la dignidad de la nación que se le había confiado, sin reproche y sin tacha. El libro del doctor Enrique Ruíz Guiñazú debe leerse y meditarse.

Editó Huemul.





"Otoño Salteño"

Aquilino Casazza Panizza



QUILINO Casazza Panizza se ha consagrado y sin exagerar puede afirmarse que forma ya parte de esa pléyade prestigiada de artistas del pincel, que honran nuestro suelo.

Hablar de calidad en arte, es discriminar acerca de un problema de valores, el cual encuentra su justa equivalencia en el campo de las relaciones estéticas.

Nada hay más hermoso para el espíritu, que enfocar estos valores desde el mundo imaginario de estas realidades aparentes e idealizadas, después de un proceso de elaboración íntima. Dichos valores adquieren por la luz, el color y la forma, la vida que necesitan para transmitir las vibraciones desde el marco aparencial de toda una realidad subjetiva y emocional.

Situar a Casazza Panizza, en la trayectoria casi inicial de su carrera artística, es reflejar aquellos instantes que pertenecen al recuerdo, que parecen prendidos sin medida de tiempo, en el espacio, en mi retina y mi memoria, los que hoy estimo revivir e intento dibujar en este esbozo de crítica de arte, un tanto personal, porque me comprende una de las generales de ley. Aun así, considero que la forma particular de su labor, me expresa en todo instante, lo que puede la voluntad. De no haber nacido con esta condición tan suya, en comunión espiritual y permanente con una personalidad fuertemente emotiva, todas las hermosas vibraciones de la escala cromática que surgen de la paleta de Casazza Panizza, tan personales como impregnadas de sugestión; (su sensibilidad frente al paisaje) no habría encontrado la expresión soñada y se encontraría hoy adormecida tras unos trazos perfectos, de tonos grises y fríos, en contraste un tanto violentos de la gama de colores que van del amarillo luz hasta el púrpura, pero sin vibraciones expresivamente cálidas.

Así era cuando le conocí.

Se afirma que "la intuición artística, es siempre intuición lírica", (1) y el arte así definido se hermana a estados espirituales de elaboración íntima. Nunca he podido estar más en contacto con

(1) Benedetto Croce. "Breviario de Estética". Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1938. p. 42.

Notas de Arte

esta sensación intuitiva que, siguiendo los dictados de esta inspiración. Paniza manejaba los pinceles y componía los colores en su paleta. Y abstraído parecía estar bajo la advocación de un ángel bueno que le protegiera. Entornando los ojos, al frente el paisaje, transportaba a la tela con trazos alados y ágiles, las impresiones retinales elaboradas, y en cada pincelada de color, surgía la gama cromatizada de todos los tonos del verde que tanto ama e interpreta de la naturaleza.

Entre sacrificios de toda índole e intensa disciplina, sin dar tregua a sus horas de labor, definió su técnica.

Un día recibí unas líneas suyas, como siempre, abundante de adjetivos y calificativos; la inquietud de su espíritu trasuntaba de las frases recortadas por el entusiasmo inquieto por hallar una definición a su sentimiento. Decía: "lunes, día en que todavía me encuentro en Tandil, salí con un pintor de esta localidad, un viejo amigo, a "explorar", y he visto cada cosa, sobre todo unas callesitas serranas preciosas"... Comenzó su carrera pictórica, enamorado de estas callesitas como motivo de su inspiración, las buscó en los pueblos serranos, en el éjido de los pueblos suburbanos, en los barrios típicos que conservaban fuertes rasgos costumbristas, y ellas fueron los primeros peldaños de su carrera artística. Rememorar aquellas callesitas, en las horas de sol casi vertical con impresión de lejanía o recodos impregnados de extraña sugestión, es ponderar el valor estético que adquiere la imagen al ser considerada con un criterio de intimidad.

La función propia de la obra de arte, consiste en manifestar el carácter esencial, o al menos un carácter importante del objeto visualizado tan preponderante y tan destacado como sea posible. Para conseguirlo debe el artista anular todo lo que le oculta e incidir en los



"Humildad Serrana"

rasgos que muestran la cualidad sobresaliente del motivo. Tratando así de entrar en la intimidad del tema, Casazza Panizza en contacto permanente con el paisaje, sabe recortar la belleza, buscarla e interpretarla podada de todos aquellos valores secundarios que no suman al conjunto armónico.

De las mañanas frías, toda la sensación ambiental en el color; y en las noches, la serenidad, todas claras de lunas presentidas, impregnadas de sugestivos silencios.

Ama el "ranchito criollo", en todas sus formas típicas, de adobe y techado de paja; hasta el norteño de tejas, llenos de color y poesía gauchesca; en todos ellos hay algo del cariñoso historial de la tierra criolla.



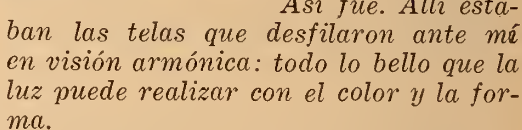
"Callecita a los cerros"

¡Quién ha olvidado, sus bellísimos grabados, "Alero", "Vesperal", "Casa histórica de Caseros", en los que la maestría y el equilibrio en la técnica del dibujo, como su lograda perspectiva sorprendieron y entusiasmaron!

Se dijo, sin embargo que, Panizza como dibujante era algo "arquitectónico"; no hay tal cosa, es más bien error de conceptos; maneja con habilidad sorprendente todos los secretos de la técnica del dibujo y tiene un conocimiento profundo de la perspectiva y una noción precisa de la dimensión dentro de la forma; por eso todas sus telas producen sensación de volumen y profundidad. Maneja los planos y los términos, los que no repite y distribuye en valores que no atenten contra la armonía del conjunto.

Del paisaje extrae el color, que transporta en forma maravillosa. Nunca compone en su "atelier". Es el paisajista que vive en contacto con su modelo. José León Pagano, en una de sus críticas de arte, afirmó; "modesto, laborioso, se impuso una misión a la cual ha permanecido fiel: la de interpretar el paisaje de nuestra tierra, de llanura, de montaña, y darnos de cada aspecto una imagen sentida y vivida".

Hacía algunos meses que no le veía; el anuncio de su arribo de tierras norteñas produjo en mi un deseo casi incontenible de conocer su labor, realizada durante su jira, tanto más que se anunciaba próximo el acto inaugural de su exposición. Fuí una mañana, hasta su domicilio particular, guiado por un presentimiento que pronto se convirtió en realidad cuando, al recibirme, una sonrisa amplia dibujada en su rostro delató la seguridad de algo hermosamente satisfactorio. Así fué. Allí estaban las telas que desfilaron ante mí en visión armónica: todo lo bello que la luz puede realizar con el color y la forma.



Al abandonar su casa, embargado todavía por tanta belleza sugestiva, pensé que Casazza Panizza terminaba de lograr el equilibrio perfecto de sus fuerzas, alcanzando cumbres parejas en su arte. Contradiciendo palabras que al instante recordé haber leído en un libro de don Ramiro de Maeztu y que si bien no fueron expresadas para hacer consideraciones acerca del artista a que me refiero, bien vale su aplicación para medir la amplitud de un concepto; Casazza Panizza, es un "Don Quijote, que no ha puesto sus sueños más arriba que sus medios de realizarlos".

Raúl L. A. Loleni

Ha vuelto ha presentarse ante el público porteño, con una muestra individual, el conocido paisajista, Aurelio Víctor Cincioni. Lo ha hecho esta vez en la Galería Witcomb y con una serie de paisajes de la serranía cordobesa. Hay en ellos un derroche de luz. Siempre en los cuadros de Cincioni el personaje principal es la luz. La luz que se refracta y desvanece en una gama variada de matices sobre los seres y las cosas. Y como el color de un instante dado es un recuerdo en el siguiente y Cincioni un sincero, hay en su pintura no poco de estado de ánimo, que en definitiva eso es el paisaje o mejor para reptir la afirmación de Gautier: "el paisaje es un estado de ánimo". Visiones de la serranía cordobesa, constituyen, esta vez como otras, la temática de Cincioni, en puntos tan pródigos en naturales encantos como Tulumba, Capilla del Monte, Los Cocos, Valle Hermoso y Agua de Oro y debe decirse que la sensibilidad del pintor se acuerda perfectamente con esos paisajes luminosos y llenos de color.

El registro de Cincioni es amplio. Pasa con igual maestría de los efectos de sol y de luz cruda a la gama de los más finos grises, a atardeceres y nocturnos de sutil emoción. Existe en su pintura un afán de captar los juegos múltiples y fugaces del color que ha hecho ágil su pincelada y acabado el oficio. Sobre cielos y profundos proyecta la mole amoratada de las serranías, la fronda de los árboles o el garabato aéreo de los ramajes sinfonizando diestramente los efectos, con una clara noción de masas y de espacio.

No sólo el óleo es familiar a Cincioni sino que maneja con igual maestría el temple y la aguada. Hemos tenido ocasión de comprobarlo en esta exposición donde figura un cuadro al temple y también en el Salón de pintura al agua de Nordiska donde Cincioni se hace presente, gallardamente, con dos temples de excelente factura.

No nos cabe la menor duda que este trabajador tan bien dotado ha de lograr en su arte muy brillantes triunfos todavía. Asciende a su cenit y nosotros auguralmente le tributamos nuestro aplauso.

M. S.



"Mediodia" (Tulumba)





MERCEDES MOLINA Y ANCHORENA

presidenta recientemente electa de la Asociación cuya obra reseñamos en estas páginas; bien conocida en el mundo de las letras, donde se ha señalado por su asidua colaboración en revistas de gran prestigio, tales como "Criterio", y miembro destacado de la Acción Católica Argentina.

Un lustro de actividad en favor del Apostolado Intelectual Femenino:

La Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas

INICIA la Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas una nueva etapa en su fecundo apostolado, a raíz de la renovación de sus autoridades que con visión certera encaminaron la actividad literaria en el campo femenino católico de nuestra patria. En efecto, surgida a iniciativa de la prestigiosa escritora Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, hace algo más de un lustro, tuvo por virtud aglutinar el esfuerzo de las mujeres intelectuales en una obra de conjunto que ha dado ya benéficos resultados. Basta para comprobarlo recordar los dos volúmenes colectivos dados a publicidad, uno de los cuales estudia el *Matrimonio* en sus varios aspectos, estando el segundo dedicado a evocar la figura del Cardenal Pacelli, en ocasión de cumplir sus bodas de plata episcopales el Pontífice reinante (1). Dichas publicaciones merecieron la más favorable acogida de nuestro público y por parte de autorizados críticos literarios las más elogiosas alabanzas.

No se limita la acción de la entidad que nos ocupa a la labor escrita de sus socias, muchas de las cuales se destacan como oradoras de nota. De ahí que tuviera particular resonancia la acción desarrollada a través de ciclos de conferencias radiotelefónicas sobre temas religioso-sociales, y la labor de divulgación de la doctrina de la Iglesia en sus múltiples aplicaciones a los problemas de la hora actual.

---

(1) "Pío XII (262º Sucesor de Pedro)". Editorial Huemul.

El lema de la Asociación "Veritatem facientes in charitate" —hacer la verdad en la caridad— habla bien alto de los fines nobilísimos que se asigna en su acción y del espíritu que anima todas sus empresas. Como lo expresaba la ya citada Señora de Sáenz al constituirse la Asociación en la Parroquia de San Benito —cuna de la Asociación, que cuenta con el prudente consejo del Asesor, el R. P. Andrés Azcárate, O. S. B. — "nuestro carácter de escritoras católicas que supone ya en nosotras el afán y el deber del apostolado literario, debía forzosamente llevarnos a buscar, para ese apostolado, la colaboración de todas, la fusión de todos los esfuerzos en favor de la defensa de la fe, que es asimismo la defensa del bien, de la moral y de la belleza de la vida. Nuestro carácter de escritoras católicas debía llevarnos también a buscar el apoyo mutuo, la ayuda que unas a otras nos podemos dispensar, porque es indudable que poco o nada es lo que se ha hecho hasta la fecha en pro del escritor católico —tantas veces condenado al ostracismo y al olvido— y que es esquivo el triunfo para quien ha de imponer a su pluma, como condición indispensable la limpieza, y a su espíritu como norma, la elevación de miras". Y agregaba a estas acertadas palabras cuanto sigue: "precisamente, para no caer quizás en la tentación del trabajo fácil que se abre pronto camino, o del que despierta una malsana curiosidad, hemos de animarnos con el trato recíproco, e intentar robustecer al mismo tiempo la inteligencia y el corazón, a fin de que, templada la una en el estudio concienzudo, y fortalecido el otro en la piedad, podamos cumplir en la medida que Dios desea de nosotras, la misión que El nos ha confiado: misión noble y grande que comprende el sembrar la semilla fecunda de las ideas buenas, y el contrarrestar la influencia nefasta de las malas ideas; el abrir brechas de claridad en las mentalidades y el trazar senderos luminosos por entre la maraña de la confusión reinante, por esa fatal desorientación que es sello y castigo de la edad moderna".

Es de hacer notar que lejos de limitar su benéfico influjo a nuestra patria, la Asociación ha establecido sólidos vínculos con las naciones hermanas, como lo atestigua una reciente reunión de confraternidad en la que se agasajó a delegadas venidas del Perú y de Chile con motivo del IVº Congreso Eucarístico Nacional. En dicha reunión nuestra colaboradora, la Srta. Josefina Molina y Anchorena —hermana de la actual presidenta— hizo una amplia reseña de la labor cumplida, a la vez que historió el origen de esta agrupación que ofrece gran semejanza con otras similares que a través del mundo persiguen idéntico fin. Le cabe a la Argentina el honor de haber sido la primera nación latino-americana que viera surgir una asociación que agrupe a todas las mujeres de letras que cifran su gloria en poner su pluma al servicio de la más noble de las causas cual es la de la Iglesia, contribuyendo eficazmente a la extensión del reino de Dios sobre la tierra. Son significativos a este respecto los términos empleados por el Emmo. Cardenal Maglione en carta dirigida a la presidenta, Srta. Mercedes Molina y Anchorena, cuando al acusar recibo del envío de su obra "Proyecciones del Vía Crucis en nuestros tiempos", expresaba en nombre de S. S. Pío XII los plácemes del Santo Padre por los "sentimientos de filial devoción hacia la Santa Iglesia y hacia su jefe que habían guiado su pluma" al glosar —en adecuadas meditaciones en torno a los dolorosos misterios de la pasión que se contemplan en la vía que conduce del Getsemaní al Calvario— los principales párrafos de su Encíclica inaugural *Summi Pontificatus*.

Y bien cabe decir que el supremo anhelo de cuantos integran esta asociación no es otro sino *servir*, en conformidad con aquella palabra de un gran maestro de los intelectuales y escritor egregio él mismo, el R. P. Yves de la Brière que tanto alentó el apostolado intelectual entre nosotros; "Servir a Dios y no servirme a mí, servir en el trabajo y aun en el sufrimiento si es preciso. Servir en Cristo, para Cristo, con Cristo, olvidándome de mí mismo en El, para hacerlo vivir en mí para los demás, en el destello y el gozo de la gloria de Dios".

* * *

Entre las obras en preparación merece mencionarse el próximo volumen colectivo al que se dará el carácter de recuerdo del Congreso Eucarístico que con tanto fervor y con fruto perdurable para las almas y la sociedad acaba de realizarse en nuestra metrópoli. Amén de la parte doctrinaria que estudiará en su faz teológica el modo de presencia de Cristo bajo las especies sacramentales; constará ese libro de una valiosa información en lo que respecta a la historia de los Congresos Eucarísticos Internacionales y Nacionales, su origen y finalidad, sin olvidar las impresiones y ecos que está destinado a prolongar, y que serán reflejadas en sus páginas por escritoras de gran valía, entre las que nombraremos a la autora de la letra del himno oficial del Congreso Eucarístico del año 1934, —Sara Montes de Oca de Cárdenas— cuyos acentos han resonado nuevamente bajo la cúpola del cielo argentino al elevarse en alto sobre la ciudad la custodia que un día llevó en recorrido triunfal por nuestras calles el Jefe supremo de la Iglesia:

"Dios de los corazones,
Sublime Redentor,
Domina a las Naciones
Y enséñales tu amor!

Y cálidas notas
De timbre argentino
Saludan tu hechura
De Dios escondido"...

Entre los miembros de la Asociación las hay cultoras de los más variados géneros: desde la novela hasta el libro de cuentos, desde el ensayo hasta la biografía, y desde el estudio científico hasta el libro de relatos para niños, ningún género es extraño a las escritoras que la integran. Bástenos citar en confirmación de lo dicho, —para no repetir nombres ya citados—, a Delfina Bunge de Gálvez, a María Magdalena Fragueiro Olivera, a Ema Solá de Solá, a Eugenia de Oro de Núñez, a Hortensia Margarita Raffo, a Beatrix Gallardo de Ordóñez, a María Raquel Adler, Sofía Molina Pico, Mercedes de Iriondo, Concepción Soneyra de Victorica y a otras muchas que por la brevedad a la que nos obliga esta nota, nos vemos en la imposibilidad de enumerar.

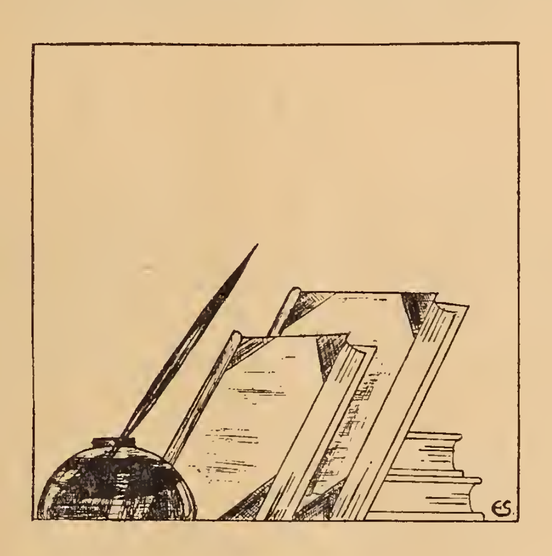
En lo que respecta al intercambio intelectual entre las naciones americanas, no puede menos de señalarse la eficaz actuación de la delegada argentina ante la Comisión Interamericana de Mujeres en la reciente Conferencia celebrada en Wáshington que contribuyó grandemente a afianzar los vínculos de solidaridad que unen a las mujeres de ambas Américas deseosas de trabajar por un porvenir mejor y que dan a su labor un alcance social que se traducirá en acción benéfica para todas las naciones. A la Srta. Angélica Fuselli —también colaboradora nuestra y bien conocida por sus obras en prosa y en verso— cupo desempeñar tan eficaz cometido, a la vez que hacer conocer los valores argentinos en sendas conferencias en que destacó el incremento del movimiento intelectual alcanzado entre nosotros.

Y cabe agregar que los frutos que es lícito esperar de esta acción conjunta han merecido la aprobación de la más alta autoridad de la Iglesia, el Santo Padre, quien a raíz de una exposición verificada en 1939 de obras publicadas por mujeres católicas del orbe entero en los más variados idiomas, expresó no sólo su complacencia por este homenaje tan significativo, sino que auguró que esa acción se viera premiada por las más abundantes bendiciones divinas, otorgando su bendición a cuantas habían intervenido en la organización de la misma como prenda de consuelos y favores celestiales. ¿Será menester agregar que el mismo Pontífice, entre los obreros más eficaces de la tan ansiada restauración social, otorga un puesto de preferencia a los escritores, señalando como una de las formas de apostolado más gratas a Dios la que se realiza mediante la palabra y el escrito?

Por ello auguramos bien de la labor futura de esta joven mas ya floreciente Asociación, que suma su esfuerzo al de tantas instituciones meritísimas que, respondiendo a las más diversas necesidades, y con métodos propios, procuran instaurar el reino de Cristo en la sociedad y orientan a nuestros coetáneos por los verdaderos caminos. Nuestra confianza se funda, por una parte, en la tarea ya cumplida, por otra en las garantías que ofrecen las intelectuales a cuyo cargo está la orientación de ese apostolado colectivo.

De ahí que al presentar nuestros parabienes a la Comisión que inicia sus trabajos, hagamos nuestro el cristiano voto de que obra tan bien iniciada, el mismo Señor la haga prosperar y florecer para bien de la Iglesia y de la Patria.

F. Caballero



El final de Alvar Gutiérrez

ESTAMPA MEDIEVAL

Sobre un tema de Luciano[1]

POR tierras de Zaragoza, entre Palomar y Aranda, según se va hacia Calcena, existe un campo quebrado donde en tiempos de Alfonso el Magnífico, rey de Aragón, se levantara el castillo de los Alvar Gutiérrez.

Hoy las mismas ruinas han perecido, etiam ruinae est perier, *y apenas si de vez en vez algún pastor de los que por esos sitios apacentan ganados, descubre, medio soterrados entre malezas, los cantos mohosos y carcomidos de un sillar.*

Pero, más persistente que la piedra, la inmortalidad de humo que es la leyenda, en boca de lugareños suele revivir —impronta de la nada— hombres y cosas extinguidas.

●

Víctima de extraño mal yace en su lecho Jaime, el primogénito del barón de Alvar Gutiérrez. Nadie sabe qué adolece. Los más expertos físicos que le visitaron no pudieron determinar el mal que a ojos vista le acaba y enmegrece, devora su cuerpo, hundiéndole las órbitas, demacrándole el semblante y turbándole el ánimo. Ayer no más era un mozo lozano y fuerte, el vivo retrato de su padre, rudo señorón de horca y cuchillo, que a los cincuenta años fatiga los montes en constantes cacerías. Hoy, don Jaime es un espectro pálido y tembloroso. Vaga lamentable por las galerías del castillo o por días yerra por los montes yantando con pastores y durmiendo en cabañas.

Por los pueblos se habla de embrujos y se le llama, *el hechizado.*

Mucho preocupa al barón de Alvar Gutiérrez la salud de su hijo. El es su mayorazgo, lograda esperanza de brillo y prez para su linaje; joya viva que le dejara al partir, hará veinte años, su primera mujer. Por eso, en trance de perderlo el carácter áspero de ordinario, tórnasele violento, insoportable casi para vasallos y servidores. Solamente doña Elvira, su bella esposa actual, logra aplacar por instantes las brutales explosiones de su genio.

(1) *Luciano de Samosata: "La diosa de Siria".*

Ella, solícita, está en todo: pese a sus jóvenes años, buena castellana, rige con acierto el tragín de la servidumbre, lenifica el ánimo de su marido y señor con palabras esperanzadas. Para el enfermo tiene ternuras de madre. Doñeguil vésela ir y venir por las estancias altas y severas, bajo las pétreas arcadas del castillo, leve de planta como un ángel, rubia como la primavera.

En veces el enfermo dícele con suavidad y gravedad turbadoras:

—Señora, doña Elvira, que no pareces la mi madrastra... —ella entonces huye riendo y el cuitado la sigue con ojos que abrillanta la fiebre y el agradecimiento dulcifica.

—Evandro, sólo Evandro, podrá curarte —suele opinar a las vegadas el barón de Alvar Gutiérrez—. Esta recua de albéitares que se dicen menges y físicos, mal podrían hacer cosa alguna si nada saben. Evandro, en cambio, es un mago. Tengo noticia de su mujer que aína estará de vuelta del viaje por Italia.

El enfermo desconfía con una sonrisa lánguida.

—Tú crees, padre, que atal podrá curarme?...

—Atal, sin duda —y la barba del barón, moviéndose afirmativa, es oro sobre el velarte oscuro de la túnica.

●

Evandro ha llegado. Hidalgo de privilegio en mérito a su ciencia y por favor del rey es vasallo de el de Alvar Gutiérrez y tiene casa en los aledaños del castillo. Apenas quitado el polvo del camino acude al llamado de su señor. Hijo de uno de sus collazos Evandro débele al castellano su condición actual; su ciencia es obra suya, sus dineros le valieron viajes y maestros; ahora tócale pagar algo su deuda, ahora que es el mago de la salud según la fama.

Elsa, su mujer, apenas quitado el polvo del camino, con el beso de la bienvenida le va enterando muy por lo menudo. Ella, que por su picante donaire y genio alegre es buscada compañía de la baronesa, doña Elvira, lo sabe todo.

—A lo que creo —dícele entre mohínes adorables— el cuitado don Jaime está en grande peligro de fallir. ¡Si le vieras!... no es ni sombra de aquel rapaz trefudo que dejaste. La triste agranda sus ojos que húndense en las órbitas. Su palidez es de cera. Yerra por los campos, estáse mano en mejilla atalayando en las almenas o por días yace en el lecho, caviloso y sañudo. No juega las armas, ni caza, ni ama ya los alcones ni los perros.

Evandro, cenceño y fuerte, imponente en su traje de oscuro terciopelo, oye al parecer atento, las noticias que su mujer le da. Pero sus ojos profundos sólo se fijan en los labios carnosos y bellos de Elsa.

—Mi señora, voy allá — y la deja desconcertada con un beso, mariposa de amor en los labios floridos.

●

Tierra cercada y castillo de murallas pétreas. De los primeros que se hicieron en España, ingente fábrica levantada por el primer barón del título, padre del actual castellano, fardida lanza que hizo nobleza derramando a ríos sangre de moros y de cristianos.

El nido feudal, destácase pétreo y cimero contra el cielo azul de la mañana. Evandro, al acercarse, no puede menos que admirar su aplomada grandeza. De pronto, le distrae el son de un cuerno que asaeta el aire y los oídos. Se escucha rumor de armas y de caballeros y crujir las cadenas del puente levadizo. Mensajero del rey ha llegado. Mensajero que convoca a lid con el moro a los caballeros del reino, empresa de mucha monta para el honor y el provecho.

Evandro, que ha llegado en el torbellino sonoro de los hombres de armas y entre la algarada de la chusma. recibe las nuevas de la propia boca del barón de Alvar Gutiérrez. El noble señor tiene al igual que los suyos encendida el alma de bríos: brazos y corazones ya están templados para la pelea. Pero, el negocio de Evandro es otro, y así pide ver sin demora al doliente don Jaime.

La encuentra con una súplica en los labios. Ya conoce las nuevas y quiere partir con la mesnada.

—Dexarme ías? pregunta con ruego su padre.

—Aquí está Evandro. Qué él te cure y ello será. Hay un mes para el apresto — responde grave el castellano.

Evandro, entre tanto, no ha perdido el tiempo. Sus ojos han observado acabadamente el aspecto del enfermo. Hace preguntas, palpa, mira, y al fin, dice:

—Raro daño el tuyo, don Jaime —y no aparta de él sus escrutadores ojos verdes— raro a fe. Una fiebre te consume y estás frío. La debilidad te tira sobre el lecho y quieres salir al campo a combatir. —Hablando con el barón y doña Elvira que acaban de llegar, agrega — Mis señores nada puedo deciros por ahora. Necesito permanecer en el castillo. Enviad recado a mi mujer para que ella venga y me acompañe. Perdonaréis ésto... mi ausencia ha sido larga, mi tiempo es medido, y debo partir para la corte.

En el silencio de la habitación se alza de nuevo regatero el ruego de don Jaime que quiere partir con los soldados.

—Dexarme ías, por Dios, dejarme ías?...

●

Han pasado días. Las herrerías del castillo atruenan batiendo el hierro de las lanzas, los escudos, los arreos, en la fiebre del apresto. Van y vienen chalanes negociando caballos. Ahora siempre está bajo el puente levadizo para facilitar el movimiento de las gentes que se hacen paso a gritos entre chiquillos y perros. La partida es inminente.

Entre el tumulto, las parlerías y los donaires de Elsa tienen animadas y risueñas las mujeres del castillo. Hasta la castellana, doña Elvira, olvida un tanto las zozobras que la guerrera empresa despierta en su corazón, la enfermedad de don Jaime, el rudo humor de su marido, para reír las gracias de la dueña.

Don Jaime mira los preparativos con ojos melancólicos. En veces toma las armas, embraza el escudo, juega la ballesta, pero se fatiga, se hastía y cae de nuevo en sus negras melancolías; sus halcones y neblíes están grasos e inactivos en las jaulas; sus perros languidecen a la espera de las correrías por el campo.

Con ansiosa mirada síguele su padre. El barón de Alvar Gutiérrez está de peor humor que nunca. Evandro tampoco ha podido determinar el mal de don Jaime, ni procurarle remedio. Presagios siniestros parecen

cernirse sobre la vida de su heredero y el porvenir de su casa. Impone el deber partir y el corazón quedarse; piensa por primera vez en trance de almogavarear, que las batallas traen la honra y los provechosos pero también los lutos y el olvido y su esforzado ánimo se estremece. Por eso rechaza indignado los ruegos de don Jaime que porfía marchar con la mesnada.

—Folya — exclama viéndole tan laso que apenas si se tiene de pie.

Evandro, comprometido en su fama, persigue con tenacidad los hilos del enigma, el mal de don Jaime. Afiebrado, busca explicaciones, ensaya remedios y se angustia de los resultados.

Un día el enfermo le está rogando que medie con su padre para que le deje partir a la pelea.

—Es mejor muerte —dice don Jaime— acabar en el campo con la espada en la mano junto a caballeros, que no en el lecho, entre mujeres.

Evandro no se cura de su charla, promete, sí, distraídamente, para no cumplir. Y su mano está cariñosa sobre el pecho del enfermo: así se hará, se cumplirán esos deseos; sobra razón. Pero, de pronto, la mano de Evandro, toda sensibilidad se pega al pecho del enfermo; algo nota que al tiempo hácele volver la cabeza. Por el vano de la puerta se ve en el corredor pasar a doña Elvira, y que sonríe desde lejos al enfermo. Con gran prisa llámala el médico, que tiene posada siempre su mano cariñosa en el pecho del enfermo.

—Señora, mi señora; haced gran merced: una manta para los pies de nuestro enfermo. Así, señora. Cumplido está el servicio.

—Oh, y vos, doña Elsa... venís que ni mandada por el cielo. Alcanzad un poco de esa pósima a nuestro don Jaime.

La mujer de Evandro que ha llegado cumple lo pedido con una de sus sempiternas bromas en los labios. Sonríe el enfermo y es feliz. Bebe sin protestar el inopinado brebaje.

—Gracias, señoras.

La cuidada mano del físico es como de mármol en los rojos cobertores. Reposando sobre el pecho del enfermo su inmovilidad es perfecta.

—Un ruego todavía, doña Elvira —dice Evandro—, arreglad un poco la cabecera de este lecho.

Don Jaime envuelve a su madrastra en una mirada en que el agradecimiento es casi luz.

Por fin retira el médico su al parecer ociosa mano. Las mujeres sonríen junto al lecho. Evandro también; ya es otro hombre; está locuaz; se restrega las manos satisfecho.

—Amigo mío —dice el enfermo—, casi te aseguro que marcharás al lado de tu padre contra los moros. ¡A fe de Evandro!...

●

Es la víspera de la partida. La tarde pinta de sol los muros del castillo. En los patios se espesan sombras melancólicas. El barón de Alvar Gutiérrez está en un aposento, sentado junto al hogar apagado, dos grandes dogos se adormilan a sus pies. Está esperando a Evandro, cuya presencia ha requerido. Quiere averiguar la suerte del enfermo. Al cabo se oyen los pasos de éste sobre las losas y comparece en actitud respetuosa.

—Mi señor — dice inclinándose — conozco el motivo de tu llamado.

No te dí noticias de la salud de tu hijo. Y bien, hora es ya de hablar claro.

—¿Conoces su mal?

—A fe de Evandro. Parece un mal terrible. No es daño del cuerpo. Su enfermedad está en el alma.

—¿En el alma? — y el barón alza hacia el médico su barbada faz, mirándole con extrañeza, éste prosigue.

—Del alma sí. Le quema el corazón una pasión ilícita —el médico se exalta a medida que habla—. Muere de callar, de sofocarla en el pecho. Por esto se atosiga, agotándosele las fuerzas y se le enmagrece el cuerpo... y va a morir, pues nunca —peno al decirlo, barón de Alvar Gutiérrez—, nunca podrá satisfacer esa pasión... —como la sorda lucha el médico prosigue—. Diciéndolo presto don Jaime se ha enamorado de doña Elsa, mi mujer...

—Estás beodo, Evandro...

—Quisiera estarlo...

—Tu explicación es necia, físico...

—No se es muy cuerdo a los veinte años...

El castellano medita un momento y luego pregunta:

—¿Y don Jaime se atrevió a confesarlo?...

—Nunca se dicen esas cosas, señor; pero nada resiste la astucia del sagaz. Las miradas de tu heredero ya me habían prevenido... después un sencillo ardid. Puse la mi mano sobre el corazón de don Jaime y con pretextos fuí llamando a las mujeres del castillo y una sola proximidad, la de mi mujer, desordenóle tanto el latir que no tuve necesidad de otro lenguaje para que su culpable afecto se me revelase: tu heredero desea a doña Elsa y yo Evandro —vehemente— lo deshaucio.

—¿Ella lo sabe, acaso?

—¡Oh, no! ¡Una palabra!... podría jurarlo!

El barón se toma la cabeza entre las manos.

—Lo que dices es terrible, Evandro..., sin embargo tú debes conocer algún medio de curarle.

—Médico de cuerpos soy, señor, y no de almas.

Suspira el castellano y dice:

—Ya hace años que casé con doña Elvira y el cielo no ha querido darnos un hijo. Aparte el cariño, don Jaime es la única esperanza de perduración para la casa de los Alvar Gutiérrez; título y señorío, si él fenece, serán sal en el agua... Tú nos deshaucias y soy tu benefactor.

—Pasiones como la de don Jaime no se curan con pósimas...

—Pago de cuervo, señor físico... ¡y me lo debes todo! Oscuro era tu origen y el rey te hizo hidalgo a mi pedido...

—Justicia a mi ciencia, señor...

El barón prosigue con sorda violencia.

—Lego era tu acúmen y mis dineros te hubieron viajes y maestros que te valieron ciencia y provechos... Pensaba que si salvabas a mi hijo te recompensaría largamente; ahora te digo que partiría mis bienes contigo. El rey, a mi pedido, te haría mi igual, tendrías señorío de realengo... No, no te pido nada que afrente tu honra... pero haz algo, Evandro...

El rudo señor está rogando. Evandro se mantiene impenetrable.

—Estas pasiones no se curan con pósimas. Su triaca es saciarlas. Y ello —grita— no ha de ser a fe de hidalgo.

Responde el señor.

—Nosotros tenemos para vivir este solar. Tú tienes para tu vuelo la tierra entera. Doquiera hermosas mujeres se honrarían con tu compañía. En siendo poderoso y rico...

El médico interrumpe.

—La memoria es tenaz y el corazón harto fiel. No, mi señor.

El castellano se exalta.

—Eres mi vasallo, Evandro... en derecho puédote tomar "la vida y cuanto en la tierra ovieses".

—¡Malos usos, señor de Alvar Gutiérrez, malos usos! No soy payés de remesa; hidalgo soy de privilegio y pediré favor al rey.

—¿Y no te dice nada, Evandro, tu deber de médico? ¿Dejarás perecer a quien pudiste devolver la salud? ¿El egoísmo de un afecto te cegará al punto de convertirte en criminal, pues que matarás a sabiendas?...

La voz del barón ha vibrado con tan hondo ruego que la entereza del médico parece derrumbarse y así dice, balbuceante.

—Mi señor!... Perdóname!... Daría la vida por evitarte este momento. No concibió pasión ilícita por mi mujer, don Jaime, la verdad es aún más terrible; es... por mi señora doña Elvira por quien agoniza.

●

Hace tiempo que el eco de los pasos de Evandro se ha apagado. El castillo rumorea con los preparativos de la cena. Se difunde en el aire el olor y el humo de las antorchas. En la estancia en sombras el barón de Alvar Gutiérrez continúa inmóvil, la frente entre las manos, los ojos absortos. De pronto intercepta la vislumbre que penetra por el vano de la puerta, una figura alta y vacilante. Y una voz, la de su hijo, dice con honda súplica.

—Padre, ¿me dejarás partir con la mesnada?...

El barón de Alvar Gutiérrez se yergue. Con cariñosa mirada contempla a su hijo y con voz bajísima, ronca, dice no más que:

—Partiremos.

●

Y nunca más volvieron los señores de Alvar Gutiérrez.

Miguel Sotomayor



PERISCOPIO DE REVISTAS

INTRODUCCION

En uno de esos prontos que nuestro director suele tener, nos ha dicho: "Usted se encarga esta vez del Periscopio de Revistas". Refunfuñamos un poco, empezando por el título. "¡Periscopio!"... ¿por qué "Periscopio"? ¿Es que navegamos sumergidos? ¿Es, por ventura, refleja y no directa nuestra visión?... Pero como "Revista de Revistas" es manido: "Hojeando u ojeando —a gusto del consumidor, señores— periódicos", puede escamar —¡manes de Avellaneda— el horror al gerundio de los argentinos, y como la pereza es mucha y la inventiva poca, he aquí que determinamos no más utilizar, como quien dice, este chisme que el vulgo llama "periscopio" para atisbar en el inmenso mar de la producción periódica.

"Tiene amplia libertad para aprobar o desaprobar lo que juzgue digno de censura o ponderación" —añade nuestro director para animarnos un tanto y al vuelo le tomamos la palabra, no sólo por la fruición de repartir mandobles y aplausos entre tirios y troyanos, sino para comprobar si del dicho al hecho hay algún trecho y también porque es conveniente que de vez en vez palabras sin compromisos previos penetren en el convencional mundillo de la letra impresa. Empezamos, pues.

"NUESTRO TIEMPO" de aquende y allende la Cordillera—

Dos revistas de este título que sepamos se publican en nuestro idioma. La una es quincenal y aparece en Chile, la otra semanal y se publica en Buenos Aires.

No va más allá del título la coincidencia porque los fines perseguidos por una y otra no solamente son distintos sino también en absoluto opuestos.

"Nuestro Tiempo", de Santiago de Chile, es el órgano de Falange, el partido católico chileno. El contenido de sus páginas es el reflejo de una acción y en él colaboran gentes jóvenes y tan animosas como Carreton Walker, Eduardo Frei M., Leighton, Rogers, Tomic, etc. El cristianismo que los mueve es tan intrépido que por veces parece aventurado. Allí al parecer se toma al comunismo por un compañero de lucha que se vigila pero que no asusta; quizá porque en Chile los católicos han tenido más éxito en la acción política y el comunismo en cambio ha fracasado repetidas veces. Verdaderamente, a través de las páginas de "Nuestro Tiempo" el experimento político que realizan los católicos chilenos parece digno de seguirse con toda atención.

"Nuestro tiempo", en cambio, el semanario que ve luz pública en Buenos Aires, se inspira en un cristianismo desconfiado y agresivo, dextrogiro y nacionalizante, usando esta palabra en el particular sentido que comúnmente se le da en política.

En sus entregas del mes de octubre aparecen unos artículos de su director, el Rvdo. P. Meinvielle en que se ataca despiadadamente a Jacques Maritain y a sus teorías, si es que este filósofo tiene algunas que se aparten del neotomismo a que siempre se adscribió. Vamos a examinarlos despacio, porque tanto Meinvielle como Maritain, en nuestro sentir, se lo merecen.

Ante todo, nos parece que el Padre Meinvielle abusa un tanto de su autoridad con respecto al grupo de gentes que le siguen. El argumento de autoridad es el más falaz de los argumentos. El buen sentido y Santo Tomás han dicho: "Locus ab auctoritate quae fundatur super ratione humana est infirmissimus" (Sum. Teol., 1ra., q. 1, art. 8º, ad. 2). Pero precisamente a favor de esa autoridad de "magister", timando a sus lectores el articulista vapulea a Maritain. Lo sitúa sin vacilaciones en la herejía junto a Lamenais, y utiliza en su contra el "Sillón", un documento de Pío X

de hace cuarenta años, en que este papa condenaba el modernismo.

En su "trouvaille" especiosa el articulista procede de este modo: cita algunas palabras fragmentadas de alguno de los libros de Jacques Maritain, con mención de página y nombre del texto, para dar idea de rigor en el método y ambientar la verosimilitud de lo que vendrá a continuación, una exégesis caprichosa y deformante del pensamiento del filósofo católico luego una cita del "Sillón" o de otro documento pontificio en que aparecen como anticipadamente condenados por el papa los errores que se atribuyen a Maritain.

No es honesto este proceder. Quien no se deje guiar por el pensamiento de otro, al releer los libros pertinentes de Jacques Maritain, a la sola luz de la doctrina y los principios de la filosofía perenne, comprenderá que éste no es responsable de las afirmaciones que se le atribuyen ni de las explicaciones maliciosas que se hacen de su pensamiento. Y nos extraña este proceder. Nosotros creíamos que muerto don Lisandro de la Torre no habría quien imitase sus procedimientos de polémica, pero vemos que ha hecho escuela y precisamente entre quienes era menos de esperar. Dijeron bien los que afirmaron que sólo la hermosura no se pega.

Por otra parte el P. Meinvielle incurre, en la impugnación de los pretendidos errores de Jacques Maritain, en el vicio lógico de abuso de las analogías. El ha creído poder asimilar la posición del nombrado filósofo con la de Lamenais y otros modernistas y ha procedido como dice el cardenal Mercier en su Lógica, criticando el abuso analógico, pág. 297: *"Exagéranse unas veces, a capricho, las semejanzas, cerrando los ojos a las divergencias...".*

Y para que se palpe de modo cabal la inconsistencia de la refutación intentada por el P. Meinvielle, transcribiremos in extenso *algunos párrafos de sus artículos con las correspondientes acotaciones subsiguientes.*

He aquí lo que dice en la entrega del 13 *de octubre, en el artículo intitulado: "LA CIUDAD FRATERNAL DE MARITAIN":*

"Segundo error: construcción de una nueva cristiandad. *Convencido Maritain de que "los pueblos formados para la libertad, harán surgir los hombres necesarios y franquearán el camino hacia una nueva civilización y hacia una nueva democracia, de inspiración cristiana"* (Cristianismo y Democracia, *pág.* 19) *se ha sentido llamado a la tarea de forjar "la* instauración *de una* ciudad fraternal *donde el hombre se halle liberado de la miseria y de la servidumbre" (Los Derechos del Hombre, página* 71). *A esta "ciudad fraternal", llama también "nueva democracia" o "nouvelle chrétienté" y dice que "debe ser concebida como un tipo esencialmente* distinto *de la cristiandad medieval"* (Humanisme Intégral, *pág.* 151).

¿Qué enseña respecto a ésto Pío X en el Sillón? Persuádanse *—dice el Papa (N.* 11)— que la Iglesia que jamás ha traicionado la felicidad de los pueblos con alianzas comprometedoras, *no tiene que desligarse del pasado, antes le basta anudar,* con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, *los organismos* rotos *por la revolución,* y adaptarlos con el mismo espíritu cristiano, de que estuvieran animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea: porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios, ni novadores, sino *tradicionalistas".*

¿En qué estriba la divergencia del P. Meinvielle con Jacques Maritain?

Sencillamente, en el significado equivocado que da a las palabras instaurar *y* distinta. *Si la primera valiera como* instalación novísima *y la segunda significase* diferente sustancia, *el P. Meinvielle tendría razón. Pero dice el Diccionario de la Academia con respecto a* instaurar: *"v. a. Restablecer, restaurar" y Balmes, en su Filosofía Elemental, con respecto a* distinto *dice, criticando el mal uso que de esta palabra hace el filósofo Espinosa: "Espinosa confunde la diversidad o diferencia con la distinción: para la diferencia se necesita variedad en los atributos; para la* distinción, *basta que el uno no sea el otro. La figura de un cuadrado es diferente de la de un triángulo; dos cuadrados exactamente iguales no son diferentes, pero sí* distintos".

Todo lo que Maritain pretende es, apoyándose en los mismos principios de la cristiandad medieval (de aplicación analógica) —pág. 161 *op. cit.— infundir al mundo la savia cristiana, para lo cual aconseja: "Y nosotros que estamos en el mundo, debe-*

mos no sólo obrar en cristiano y en cuanto cristianos, en cuanto miembros vivos de Cristo, en el plano de lo espiritual; debemos aún obrar como cristianos, como miembros vivos de Cristo, en el plano temporal" —*pág.* 289—. *¿Qué es esto —preguntamos nosotros— sino aspiración de retorno a las viejas sendas abandonadas por la sociedad política desde la Reforma? ¿Qué es esto sino pretender restaurar o instaurar la sociedad in Christo, como dice el apóstol? Naturalmente esto no se hará calcando la futura cristiandad sobre los moldes de la sociedad medieval por una razón muy simple, a saber: que la humanidad del siglo XX no es la misma que la del siglo V, según Perogrullo. Y aquí encaja lo de* distinta *porque no será la misma sino otra.*

¿Pero es que el P. Meinvielle ignora estas elementalidades sólo disculpables en un reportero que desconoce su instrumento de expresión, el idioma? Lamentamos por él decir que no, porque en el mismo artículo usa instaurar en su recto sentido de renovar, y así transcribiendo un párrafo del "Sillón", su caballo de batalla, anota: "No se trata más que establecerla y restaurarla *sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad:* Omnia instaurare in Christo".

¿Y entonces?... Saque el lector la conclusión y la moraleja: la pasión es mala consejera.

Por otra parte, para terminar con este punto, véase lo que dice al respecto el zarandeado y discutido P. Ducatillón —también traído a cuento por el P. Meinvielle— en una entrevista concedida al periodista Antonio Ricabarren de Chile: "Sin duda no se trata de innovar el plan en los principios fundamentales, *al contrario, son esos principios los que hay que salvar permitiéndoles ser verdaderamente principios, es decir, fuentes de energía, de inspiración vital". Y conste que esta cita no significa que tomemos en serio ese parentesco ideológico que se atribuye a Maritain con el referido sacerdote dominico.*

Otra cita agregaremos, tomada del artículo del P. Meinvielle, intitulado: "El mito de la persona Humana", entrega del 20 *de octubre, uno de cuyos párrafos reza así:*

"Sabemos —dice Maritain (Los Derechos del Hombre, *pág.* 12)— *que para defender los derechos de la persona humana como para defender la libertad, hay que estar pronto a dar la vida". Maritain exagera y contradice abiertamente al Evangelio que enseña:* "Pero yo os digo de no hacer frente al malo; sino a quien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera pleitear contigo y tomarte la túnica, déjale también el manto; y, a quien por fuerza te llevare una milla, vete con él todavía otras dos" (*San Mateo V*, 30-42). *Si la tesis de Maritain fuera cierta habría que estar dispuesto a dar la vida por defender el sufragio universal y el sufragio femenino, derechos de la persona humana, según nos enseña* (ib. *página* 150 *y* Principes d'une politique humaniste, *pág.* 77). *Cosa completamente absurda. Hay que estar dispuesto a* dar *la vida, no cuando están en juego meros derechos del hombre, sino tan sólo cuando lo reclaman los derechos de Dios y de la patria. Demostración concluyente de que los derechos de la persona humana, en cuanto tal, son posteriores a los derechos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad".*

Es curioso que así piense ahora y salga con estas peteneras el que defendiera en polémica con el mismo Maritain, y de aquellos polvos quizá sean éstos lodos, la denominación de guerra santa *a la revolución de España, donde con las respetables razones que se argumentan, como en otras luchas, no se trataba de ofrendar la vida por Dios, sino de quitarla al prójimo. Curiosas contradicciones. Por nuestra parte, comprendemos perfectamente la carga de pasiones que gravita sobre cuantos, encastillados en una posición, intervienen de un modo u otro en el debate ideológico contemporáneo, pero siempre abominaremos de ciertos métodos de ataque que no condicen con el respeto que a sí mismo y a sus adversarios deben las personas.*

Y aquí como fin de fiesta viene lo más grave, porque compromete la honestidad del escritor y del hombre. No nos responda a nosotros el P. Meinvielle que no nos interesa el diálogo con él. Responda a los que confían en sus asertos. El ha dicho textualmente en "La Ciudad Fraternal" de Maritain: "Esta doctrina de Lamenais, Maritain, *Ducatillon y los suyos tiene capital importancia porque constituye el postulado*

sobre el que se asienta su construcción ideológica. Establecen con él que la humanidad ha progresado en su propio descubrimiento —gracias sobre todo al cristianismo— que ya ha alcanzado la edad de la madurez como para emanciparse de los principios tradicionales de la civilización cristiana, hasta ahora conocida y practicada, y que es necesario entonces forjar nuevas estructuras, cuya edificación les cabe a ellos, y que consisten en una civilización de la libertad y de la fraternidad". Puede esto citando un solo texto de Maritain donde propugne que hay que emanciparse de los principios tradicionales *de la civilización cristiana. El P. Meinvielle sabe lo que es un principio y puede y debe instruir a sus creyentes sobre lo que ha querido decir para que nadie pueda suponer que ha querido calumniar a Maritain. A otra cosa.*

"CRISTAL" — Número 5. Córdoba—

Destacamos en el presente número 5 *de esta simpática revista de noble contenido espiritual, la colaboración póstuma del doctor Saúl A. Taborda, que estudia el misticismo en la poesía de Texeira de Pascoaes y Rainer María Rilke que acredita para su autor afinada inteligencia para captar los más sutiles matices de su tema en autores de tanta jerarquía poética como Pascoaes y Rilke. Bucear en la poesía de estos inspirados es descender a abisales aguas y poseer los hilos de la filosofía y de la teología para retornar a plena luz con los hallazgos efectuados.*

Nice Lotus *contribuye con una lírica "suite" de cinco temas delicadamente desarrollada.*

José Carati *entretiene e instruye con juegos gramaticales que revelan sólida preparación y amenidad en la exposición.* Xavier Jacinto Jaramillo *firma un soneto intitulado: "Naves", y* José Saluzi *ofrece un interesante capítulo de crítica literaria. Una xilografía de Aurora Magliano, notas fotográficas y diversas secciones de crítica literaria y musical completan la entrega última que nos llega de esta prestigiosa revista cordobesa.*

"UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA"—

Está sobre nuestra mesa el número 36 *de esta importante publicación colombiana que dice bien alto del activo movimiento intelectual de la gran república hermana. En ella encontramos trabajos tan importantes como la monografía sobre "Historia Eclesiástica de la Amazonía Colombiana" del P. Fray Marcelino de Castelvi, que constituyen algo más que meras apuntaciones —como las denomina su autor—, para la historia de la labor misionera de la Iglesia a partir de los años de la Conquista en las regiones colombianas que riega el Amazonas. Es una contribución importante para el estudio de ese movimiento tan interesante y rico en detalles que interesan por igual a la lingüística, a la etnología y a la historia misional propiamente hablando.*

El hermano Daniel se hace presente con un documentado estudio paleotológico sobre la fauna fósil de sudamérica, que ha de interesar vivamente al especialista por los valiosos y curiosos datos que contiene e hipótesis que aventura inductivamente.

Sobre "La estimativa Cristiana de los Bienes" discurre atractivamente Abel Naranjo Villegas contemplando el problema con erudición y galanura, a la luz de la doctrina secular de la Iglesia y de los documentos pontificios. Y Ospina Yespes, Roberto Jaramillo Arango, White Uribe, Jiménez Londoña y Ronai firman interesantes trabajos que junto con abundantes noticias bibliográficas, universitarias y biográficas completan el material que ofrece este importantísimo órgano de cultura que fundara Monseñor Manuel José Sierra de tan grata memoria, y que auspicia la Universidad Católica Bolivariana.

Hemos recibido también "Brotéria", publicación mensual portuguesa. "Açao Catolica" de Río de Janeiro, números 7 *y* 8, *entrega correspondiente a julio y agosto. "Digesto Católico", octubre, Buenos Aires. "Orden Cristiano", Buenos Aires, número V-74. "Sal Terrae", revista mensual de cultura eclesiástica, Santander, España. "Tribuna Católica", número* 115, *Montevideo. "Ciencia Tomista", tomo 66, fsc. 3, Salamanca, España. "Estudios", número* 139, *Santiago de Chile. "Revista de Cultura", número* 213, *Río de Janeiro, Brasil. "Orientación Social", órgano de los Pregoneros social católicos, Buenos Aires. "A Ordem", Nº 7, Río de Janeiro, y "Juventud Femenina", Nº 73 de Bogotá, Colombia.*

Jean Emese

Viniendo de lejos...

Viniendo de lejos, llegué hasta tu puerta,
Pastor de mi alma. Me abrió tu Bondad.
Me acogí al silencio de tu mansa Huerta,
Me dormí a la sombra de su claridad.

Desperté distinta. De silencio y luna,
Se vistió mi alma. Cultivé un rosal;
Y una sola rosa, para mi fortuna,
¡Una sola rosa, fué mi rosedal!

Y yo te la ofrezco, Pastor de mi alma.
¡Es para Ti solo! La deshojo aquí:
Son estas estrofas, su corola blanca,

Sólo las espinas, guardo para mí.
No has de saber nunca qué Dolor alcanza,
Este Amor inmenso que siento por Ti.

Micaela Sastre

Con todo respeto... y dignidad



ERIA gravísimo error querer imponer, lo que algunos llaman "democracia", a los demás, por la fuerza. La imposición, en este caso, sería un mentís a la propia democracia, aún que se la revistiera con el plumaje más llamativo, como son: derechos del hombre, respeto a las libertades, etc., etc.

La democracia es efectiva cuando se puede dialogar de igual a igual con quien sea, sin que el uno se considere ciudadano de primera y estime al otro como ciudadano de segunda.

Si yo me ufano de liberal y demócrata impidiendo la opinión ajena, mi programa podrá ser muy bonito, pero mis actos lo tergiversan y anulan.

Lo que decimos de los individuos puede repetirse de los pueblos. El que pretende imperar por la fuerza e imponer la civilización a cañonazos, aunque despliegue todas las banderas de las democracias habidas y por haber, no llegarán jamás a convencer a los ciudadanos conscientes.

Se nos pide, por ejemplo, que los suramericanos colaboremos con los Estados Unidos, por la seguridad, el bienestar y la prosperidad de América y del mundo entero. Esto es magnífico, ideal y muy humano. En este sentido nosotros aceptamos sinceramente todos los repetidos ofrecimientos de buena voluntad, pero, a condición de que nuestras creencias religiosas sean respetadas y no se nos ofenda pretendiendo tratarnos como países de infieles.

Si hemos de aceptar a los demócratas como son, queremos que también se nos quiera como somos.

Se nos habla de colaborar en una acción conjunta, como símbolo de solidaridad interamericana. Idea bella y fecunda que merece nuestra total aceptación, pero, esa aspiración de llegar a presentarnos unidos por los vínculos de un común ideal a todos los países del continente americano, la consideramos irrealizable, mientras continúe la inconsútil y absurda campaña protestante, en nuestros países católicos, campaña protestante que en vez de sumar simpatías las resta, campaña protestante que no solamente nadie reclama ni necesita, sino que no resuelve ningún problema social candente, como por ejemplo, el abaratamiento del pan, campaña protestante alentada y sostenida con el oro de ciertos grupos norteamericanos, y decimos ciertos grupos norteamericanos, porque sabemos perfectamente que existen en Estados Unidos millones de ciudadanos que

con nosotros comparten la misma idea de considerar como obra perturbadora la campaña y la propaganda protestante en Hispano-América, por elementos capituleros de sectas, que parecen empeñados en hacer imposible la convivencia de buena vecindad.

La idea de colaboración entre las Américas, es sencilla y podría ser muy fácil de resultar una realidad colaborar conjuntamente por el progreso, pero respetando nuestras creencias religiosas.

Nos encontramos en el comienzo de la época histórica de América. El mundo entero tiene puesta la mirada en el continente americano, como tierra de libertad en que el sentido de la vida toma un matiz más humano que en el de otros pueblos en que, para vivir, hay que luchar hasta destruirse y aniquilarse.

Esta feliz perspectiva de que el Hemisferio Occidental pueda ser realmente la tierra de promisión de la humanidad, requiere la unión de todos los americanos, del Norte, del Centro y del Sur de América, para cumplir con la delicada misión que los nuevos tiempos reclaman. Pero, si una buena parte influyente y decisiva de norteamericanos, siguen viniendo hacia nosotros, y en vez de considerar nuestro derecho, continúan ofendiendo el sentimiento católico de los pueblos de Centro y Sud América, con propagandas contrarias a nuestra catolicidad, editando toda clase de libros, folletos y panfletos, en los cuales se hace burla y escarnio de nuestra religión católica, insultando a los religiosos y a la jerarquía del credo católico, y de esa manera, en vez de ayudarnos a resolver los problemas económicos y de procurar el abaratamiento de las subsistencias, dan motivo de que se produzcan luchas religiosas, que antes no teníamos ni nadie necesita ni reclama, haciendo, por consiguiente, imposible toda colaboración y entendimiento para ir juntos y acordes, todos los americanos a cumplir la misión que las circunstancias actuales nos obligarán a hacerla efectiva.

No puede haber unión, y mucho menos colaboración, donde no hay respeto mutuo. El hombre digno jamás será el compañero ni el camarada de quien le infiere los más graves insultos y hiere con los más groseros agravios los íntimos sentimientos de su alma y de su fe.

Reclamamos que los norteamericanos recuerden que la América Central y la del Sur, es católica desde hace cuatro siglos. Además de la lengua, en Hispano América sus pueblos legaron de sus colonizadores la fe católica, que estiman como el más precioso bien del mundo: El Evangelio de Cristo.

La doctrina de Cristo, desde que los españoles vinieron a América, ha sido predicada en las naciones del Centro y del Sur, sin interrupción, más de cuatro siglos a lo largo de sus montes y selvas, en la sierra, en la montaña, en las llanuras, en pueblos y ciudades.

Al visitar Centro y Sur América, lo que más salta a la vista y causa mayor admiración, es ver la obra positiva de evangelización que los misioneros católicos y religiosos de diversas congregaciones de ambos sexos han realizado, llamando la atención la erección de templos majestuosos e imponentes, llenos de arte y de severidad religiosa, y que hay que recorrer los inmensos territorios y las largas distancias, para poder creer y apreciar la obra inmensa, de total evangelización llevada a cabo en toda la América hispana, por los incansables misioneros católicos.

Como decía un articulista de Colombia, "los misioneros protestantes que vienen de los Estados Unidos con el pretexto de predicar el Evangelio, hacen una irritante ofensa considerándonos iguales a los paganos".

En Centro y Sur América se conocieron el Evangelio y la Cruz mucho antes

que en la América del Norte, y la religión católica ha sido el nexo, y es, más poderoso que cohesiona a los elementos constitutivos de la nacionalidad, y de internacionalidad, y esta armonía intercontinental derivada de una misma fe y de una misma forma de expresión, sería más que insensato, criminal, pretender disolverla y trocar dicha armonía en vivero de discordias y de odios, viniendo a traernos la lucha religiosa con la predicación de un credo que hiere y ofende nuestro catolicismo, que es alma de nuestra alma.

Los católicos decimos la verdad y reclamamos que se nos crea.

Nosotros vislumbramos el porvenir de la fe y de la Cruz de Cristo en las Américas. Los católicos deseamos convivir y colaborar en esta obra, y en esta nueva era que se avecina, en la reconstrucción espiritual de la humanidad, pero no se nos ocurriría jamás pretender alcanzar este fin, por medios groseros, como lo son la intromisión y la interferencia en los derechos y sentimientos ajenos.

Esto último es lo que hacen los sectarios protestantes norteamericanos, con su falso sentimiento evangelizador, pues ya se ha visto y se vé que los pueblos hispano-americanos repugnan la obra perturbadora de soportar la predicación de un falso Evangelio para arrebatarle del alma el verdadero, que ya conocen desde más de cuatro siglos. Es como si dijésemos que vinieran viajeros y turistas trayéndonos moneda falsas en cambio de las nuestras, acuñadas con oro de ley.

La hora de colaboración ha llegado. Pero, si Estados Unidos no se da cuenta, a tiempo, de que los capituleros protestantes de su país vienen a los nuestros a sembrar la cizaña y la discordia, araremos inútilmente en el mar, y la política de buena voluntad y de buen vecino, vendrá a ser iteración exacta de la labor de Penélope, un eterno tejer y destejer propósitos e intenciones que no plasmarán jamás en nuestros pueblos, mientras el catolicismo de nuestras naciones vaya siendo perturbado por la acción constantemente corrosiva del protestantismo de sectas norteamericanas, que desecuidando su verdadera labor de cristianizar a los tantísimos millones, que según el censo oficial de Estados Unidos, declaran no profesar ninguna religión, vienen a nosotros a sembrar antipatías y haciendo imposible una franca, abierta y espontánea política de buena vecindad.

¿No sería mejor, pues, que los protestantes norteamericanos trataran de convertir a sus compatriotas ateos, que venir a nosotros a dividirnos y a desunirnos, semebrando la cizaña y la confusión en nuestros pueblos esencialmente católicos?

Como creemos y sabemos que en Estados Unidos hay millares de hombres de verdadera buena voluntad, respetuosos sinceros, que anhelan cooperar y colaborar en una nueva era de comprensión y sentido humano de la vida, deseando cosechar simpatías, en vez de perderlas, a ellos nos dirigimos, con todo el respeto, pero con la máxima dignidad, para hacerles conocer lo que sucede, lo que se piensa y lo que se siente en los pueblos de Centro y Sur América, y les invitamos a que hagan una prueba de ensayo, dando marcha atrás, es decir, ver de suprimir la ofrenda y la ofensa que el protestantismo nos infiere, invitando a las sectas que cesen en su labor perturbadora, viniendo a nosotros los que sientan y comprendan nuestro sentimiento espiritual, que compartan, con nosotros, las sublimidades de la doctrina católica, realizando, así, una consciente y lógica colaboración, y podemos asegurar al pueblo norteamericano, de que si así se hiciese, el recelo justo y fundado que sienten los centro y sur americanos hacia el coloso del Norte, se volvería, en corto espacio de tiempo, en una perfecta unión fraternal de pueblos, que darían a la humanidad doliente un ejemplo de sinceridad, de amor y de fraternidad verdaderos.

Colaboración, buena vencidad... sí, las queremos.

Lo que jamás podremos aceptar, en su nombre, es una sumisión inconsciente, ni una sujeción suicida, renunciando nuestros valores esepirituales, al imponernos falsa y arteramente, un Evangelio que está en pugna con nuestro Evangelio católico, que es el de Cristo y nuestra Iglesia Católica.

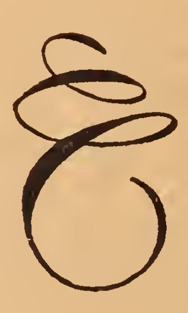
Si se nos quiere quitar este caudal religioso, que es nuestra fuerza y nuestro nexo de unión, se estrellarán contra el muro de nuestra conciencia, todos los halagos y todas las ofertas que se nos hagan, mientras al protestantismo sectario le sea permitido continuar la obra de desunión y de perturbación que está desarrollando en los pueblos católicos de Centro y Sur América.

Los norteamericanos que conviven con los hispano-americanos, habiendo constituído sus hogares entre nosotros, y que no están animados de ningún sectarismo interesado, saben y conocen perfectamente, como nosotros mismos, que la propaganda protestante, a la larga, es una mala colaboración que produce efectos contrarios a los propuestos. El hispano-americano no vé ni puede ver con agrado que su nexo principal de unión y fraternidad, como lo es su religión católica, sea minado y socavado, para hacerle claudicar sus creencias, y hay que considerar como una actitud criminal, la acción de sectarios, falsos predicadores de un evangelio que ellos mismos lo aceptan de una manera distinta entre sí, que con sus prédicas contradictorias, no tienen otra virtud que dividir las conciencias de los que tenían un mismo credo, y hacer germinar el odio en el corazón de los ciudadanos que han aceptado las falsedades doctrinarias importadas, y que tan sólo logran convertir en enemigos irreconciliables a los que hasta ahora habían sido hermanos.

Si verdaderamente es cierto el deseo de actuar las Américas unidas, y que la unión obtenga la realidad requerida, no hay más que contraerse a la realidad efectiva e histórica, dejando a las naciones de Centro y Sur América con su doctrina y prácticas católicas.

Luis G. Fábrega y Amat

Lima, setiembre de 1944.



Lo religioso en el arte de Beethoven a traves de su epistolario

AHORA que, en sucesivos conciertos, se está haciendo oír una vez más en el Teatro Colón de Buenos Aires el ciclo de las Nueve Sinfonías de Luis van Beethoven, se me ofrece la oportunidad de tocar un aspecto del arte beethoveniano que aún no he visto considerado en la vasta bibliografía con que se ha comentado y juzgado la obra del maestro. Dicho aspecto es el que titula el presente ensayo, y con él pretendo, dentro de mis modestos recursos, aportar un nuevo elemento para comprender debidamente la música de este compositor extraordinario, el más grande, el más universal de todos cuantos ha dado hasta ahora la humanidad.

Cuando nos hallamos en presencia de un universo sonoro, como es la obra de Luis van Beethoven, se advierte que únicamente la aprehenderemos en su real magnitud si la juzgamos con criterio sobrenatural. Por el contrario, apelando a recursos comunes de interpretación, sólo abarcaremos una perspectiva limitada y superficial del conjunto, como sucede cuando, contemplando las cordilleras y los océanos desvinculados del cosmos al cual está sometido el planeta que los contiene, nos los explicamos por la multiplicación del grano de arena o de la gota de agua sin precisar con exactitud la naturaleza de éstos ni la fuerza ciclópea que los reunió en tal medida. De este modo, cuando los biógrafos de Beethoven se refieren al aspecto sentimental de su vida, a mi modo de ver hacen demasiado hincapié en él al considerarlo como un factor decisivo de inspiración en el arte del maestro. Es indudable que todo acontecimiento que sacudió las cuerdas íntimas de su sensibilidad debió arrancarles inevitablemente armonías exquisitas; y si Beethoven amó a la mujer en el grado que lo dejan entrever algunas de sus epístolas, este amor claro se debió cristalizar de cierta manera en su arte. La inmortal bienamada *pudo ser Julieta Giucciardi o la condesa Teresa de Brunswick, enigma aún no develado por nadie. Schlinder, Riemann y Kalischer se inclinan por la primera, mientras Thager, La Mara y Chantavoine por la segunda. En cambio D'Indy es neutral y funda su voto en blanco en que por ejemplo la* Sonata en fa sostenido *(op.* 78) *dedicada a Teresa, es de las menos inspiradas del maestro, lo que probaría que la huella de esta mujer en el alma del compositor no debió ser muy profunda. Por lo pronto está probado que los transportes amorosos de Beethoven no hallaron concretamente eco en pecho alguno de mujer. ¿Fué este desdén ocasión de que el sensible músico derramase sus lágrimas y volcase sus sentimientos más tiernos de su corazón soledoso sobre el teclado? Tal vez, pero me resisto a creer que esas mujeres u otras significaran para el compositor y su arte lo que en Dante una Beatriz o en*

Petrarca una Laura de Noves. Para este caso bástame consignar que ese vacío en donde depositar sus cuitas jamás significó para él una derrota, como no lo fueron sus enfermedades incurables, sino un incentivo más para elevarse por encima de la realidad, áspera e insensible, y sacar, no de ésta sino de su búsqueda de mayores perfecciones de bien y de belleza los mejores medios con que creó su arte excelso. Queda por lo demás probada la naturaleza de aquel amor por lo que dice R. Rolland quien manifiesta que Beethoven "tenía sobre la santidad del amor ideas intransigentes" cuya opinión la subraya el testimonio de su amigo más íntimo Schlinder: "cruzó por la vida con un pudor virginal, sin haber tenido nunca que reprocharse una flaqueza".

En general, el genio poco le debe al medioambiente social. Vive por encima de él, y, mejor diría, se anticipa a él. En el genio domina la ausencia, la contradicción y la abstracción. Es piedra de escándalo para sus contemporáneos. ¿Cuántas obras geniales de un manifiesto optimismo fueron sin embargo realizadas en circunstancias de las más tristes o viceversa? Así en Beethoven la Segunda sinfonía *fué escrita en uno de los períodos más atormentados de su vida, cuando redactara el famoso Testamento de Heiligenstadt, íntima confesión a sus hermanos sintiéndose ya próximo a morir. En tal oportunidad, esta sinfonía es, para un crítico, Bellaigue, "una heroica mentira, una mentira gozosa, porque se trata de una obra de júbilo nacida entre horas de sufrimiento". El propio Beethoven, con ocasión de una visita que le hiciera Wágner, entonces un adolescente, cuando el eminente autor de* Fidelio *se extinguía en un suburbio vienés, en la pobreza y el dolor, expresa: "El mundo querría que yo tomase por norma el concepto que él forma de lo bello y no el mío; pero él no ve, que en mi triste estado de sordera, yo no puedo obedecer más que a mis inspiraciones íntimas, que me sería imposible poner otra cosa en mi música que mis propios sentimientos". El sintió que el arte sólo era capaz de elevarlo sobre las miserias terrenas hasta la divinidad, al poseedor de la belleza, del bien, de la verdad, de la justicia y demás virtudes tan apetecidas por su alma noble, de modo que el pensamiento de lo eterno, puede decirse, fué el primer motor de sus creaciones inmortales. "Si conservo mi vida algunos años aún —dice en carta a Bettina Brentano— habré de dar gracias por ello, como todo bien o mal que me sobrevenga, al que todo lo concentra en El, al Altísimo..." Y su grito de lucha queda sintetizado en esta exclamación suya:* ¡O Gott ûber alles! (*¡Dios por encima de todo!*)*. Aquí hallo la metafísica y el arte de Luis van Beethoven, yuxtaponiéndose, engendrando el fruto inefable de la unión de lo humano y lo divino. Es que una obra de arte será lo que sea la metafísica que posee su autor.*

Ha observado San Jerónimo, comentando el Libro, de Job, que algunas de las expresiones de este justo, tienen un sonido áspero para algunos lectores poco instruídos, porque no saben tomar en el verdadero sentido las palabras de los santos atribulados, por no revestirse de la disposición de ánimo en que aquéllos se hallaban. Guardando las proporciones, ¿quién no ha visto cómo, semejante en ligereza, es el juicio que le merecen a algunos oyentes ciertas obras de Beethoven? Siempre he hallado, por la demás, cierta semejanza entre Job y Beethoven en la manera como se elevaron en medio de sus tribulaciones por la virtud de la paciencia, hasta la esperanza, conforme la escala que establece San Pablo en la Epístola a los Romanos. En carta a la citada Bettina, Beethoven manifiesta: "De esperanzas vive la mitad, por lo menos, de los mortales. Yo he tenido la esperanza por compañera toda mi vida, de otro modo, ¿qué hubiera sido de mí?". Digno eco éste del himno de esperanza del atribulado varón husita.

En 1800, *en una epístola a su íntimo amigo Wegeler, el maestro, completamente sumido en la desesperación, le comunica: "Mil veces he maldecido en mi*

desgracia la vida y la Creación". Esta sombría frase ha hecho decir a algunos biógrafos que el insigne compositor no profesaba religión alguna. Job, nos dice la Escritura, era un hombre "recto y temeroso de Dios y que se apartaba del mal". Sin embargo, en medio, también, de la desesperación no pudo reprimir esta exclamación: "Tedio me causa ya el vivir. Soltaré mi lengua, aunque sea contra mí; hablaré en medio de la amargura de mi alma". Y del mismo modo, como el dolorido músico añade aquel reproche contra su propia creación, el justo habitante del país de Hus prorrumpe en un lamento no menos ofensivo para los designios inexcrutables del Creador: "¿Por qué me sacaste del seno de mi madre? Ojalá hubiera yo perecido antes que ningún mortal me viera". Y así podría presentar diversos pasajes semejantes de la vida de ambos atribulados. La obra de Beethoven es su misma vida interior, dolorosa, amarga, solitaria, pero llena de paciencia y fortaleza en el sufrimiento; y puedo afirmarlo, ninguna de sus partituras es totalmente dolorosa y desesperada. Siempre sus piezas guardan un maravilloso equilibrio de sombra y de luz, de muerte y de resurrección. Jamás rematan en la desesperación y hasta muchas veces culminan en una apoteósica alegría.

A un amigo en Londres le escribe: "Si supiera Ud. mi situación... más bien quedaría admirado de que sea posible componer con todo lo que me ocurre". Y aún lo expresa con mayor elocuencia en carta a la condesa Erdoedy: "Nosotros, seres finitos, con un alma infinita, hemos nacido para el dolor y la alegría; pudiera decirse que los selectos logran la alegría por el dolor". Este es, precisamente, expresado en palabras, el leit motiv *de sus más grandes obras. No otro es el espíritu de la* Novena sinfonía, *concluída tres años antes de su muerte, a través de la cual el maestro, en una síntesis magistral, nos presenta todo el misterio de su vida triunfante sobre el dolor y el júbilo de su alma a las puertas de la gloria inmortal existente "más allá de las estrellas".*

Job, tal vez, no sacó tanto provecho de idéntica situación al decir: "Mi cítara se ha convertido en llanto, y en voces lúgubres mis instrumentos músicos". Se ha dicho que el Libro de Job es un poema. Pues bien igualmente lo es toda la obra de Beethoven. Un extenso poema dramático cuyos versos expresan la gran debilidad humana en la tribulación, pero asimismo el triunfo inmarcesible del alma paciente y confiada, cuando pone su esperanza en Dios, de modo que no hay en la tierra frutos tan hermosos como los que en ese estado se cultivan. "Me armo de paciencia y espero —se consolaba hacia el fin de su vida—; todo mal nos trae muchas veces algún bien". Tal fué el ánimo de Beethoven hasta el postrer aliento satisfaciendo así la exhortación paulina: "Que cada uno de vosotros muestre el mismo fervor hasta el fin para el cumplimiento de su esperanza".

Beethoven no compuso nada que respondiera a la máxima de la estética heterodoxa: "el arte por el arte". No compuso para un grupo de hombres sino para toda la humanidad; no compuso para solaz de los sentidos, sino para elevación del alma; no compuso por un mero desahogo estético, sino para dejar un mensaje a sus hermanos que sufren y ríen, que aman y esperan. No tuvo que llorar, como Enrique Heine, según la expresiva frase de Alfredo Tonnellé, "a los pies de la Venus de Milo el día en que conoció por primera vez que tenía necesidad de apoyarse en algo más fuerte y más alto que él, porque sentía del modo más amargo la insuficiencia del arte, que había sido su única religión, y vió caer esa belleza humana, a la cual había tributado culto ardiente y único". Beethoven ejerció su arte con el convencimiento absoluto de que realizaba así una tarea útil al bien común y tendida hacia el logro de una felicidad sobrenatural, que sólo podrá hallarse en Dios. He subrayado esta frase en una de sus epístolas, la dirigida a Wegeler el 2 *de mayo de* 1810: *"De no haber leído en alguna parte que el hombre no debe renunciar voluntariamente a la vida mientras no haya cumplido el fin para el cual ha sido creado, hace ya tiempo que tu amigo no existiría: se habría suicidado".*

Beethoven amaba al prójimo. Su arte estaba al servicio de los hombres para hacerlos buenos y felices. Obraba así desinteresadamente: "Nunca, desde mi niñez —escribe— pidió mi celo por servir con mi arte a la pobre humanidad que sufre otra recompensa que la íntima satisfacción que acompaña siempre a esos actos". Y en otra carta explica que no deseaba recibir en la misma medida que daba: "Me causa verdadera contrariedad molestar a nadie. Desde mucho tiempo atrás estoy habituado a hacer más por los otros que los otros por mí". A través de la lectura de sus cartas vemos, en efecto, las grandes luchas que tuvo que empeñar para ganarse el pan de cada día. En una, se lamenta amargamente: "Mi crítica situación exige que en vez de dirigir la mirada al alto cielo, como lo hago casi siempre, la ponga aquí abajo, obligado por las duras necesidades de la vida". Y en otra, añade: "Nada hay más triste que escribir para ganar el pan". A su amigo Czerny, le comunica: "Ruégole me indique de qué modo puedo contribuir a arreglarle sus dificultades... En cuanto tenga alientos para ello iré a hablar con Ud.... Tenga la seguridad de que le aprecio verdaderamente y de que estoy dispuesto a demostrárselo con mis actos en cualquier ocasión". En 1807 dirigió una petición a la Dirección de los Teatros Imperiales y Reales de la Corte a fin de que se le otorgase el permiso de celebrar conciertos en una sala del Teatro, solicitud que le fué denegada. Cabe notar que ofrecía iniciar esas interpretaciones con la Anunciación de María, *cuya "fecha se podría fijar alrededor de las fiestas de Navidad".*

También tuvo ocasión de manifestar más de una vez su caridad auxiliando a unas Religiosas, las Ursulinas de Gratz. A un amigo, Varenna, le escribe: "Le ruego diga a esas venerables Ursulinas mil cosas agradables en mi nombre. Yo quedo siempre reconocido a quien me proporciona la ocasión, sea quien fuere, de prestar un servicio con mi arte. Así, pues, no bien juzgue Ud. que mi arte puede ser de algún provecho a esas respetables Religiosas, sólo tiene que hacer una cosa: escribirme. A ese propósito, tengo ya compuesta una nueva sinfonía. Por lo demás, si esas buenas Religiosas desean hacer algo en mi provecho, que ellas y sus educandas me tengan presente en sus oraciones". Tiempo después, vuelve a ofrecerse al mismo destinatario, en igual sentido: "Nada en el mundo me impedirá que acuda en auxilio —en cuanto me sea posible, con mi modesta obra— de vuestro convento de monjas. ¡Sufren las pobres tantas penalidades sin culpa alguna!" Refiriéndose a un ofrecimiento pecuniario que el amigo le oferta, dice: "En persona... si me encontrase en una situación normal le diría sencillamente: "Beethoven no acepta nada cuando se trata de hacer bien a la humanidad". Pero al presente mis sentimientos caritativos me han puesto en un estado deplorable aunque en cuanto a las causas no tenga por qué avergonzarme de ello... En suma, no he de rehusar lo que se me dé a condición de que provenga de una tercera persona". Para ser más explícito, añade: "Si no se presentase esa tercera persona, tenga Ud. la seguridad de que, aun sin indemnización, me hallo dispuesto como el año pasado a hacer algún bien a mis amigas las respetables Religiosas". En otra carta, fechada tiempo después, leemos lo siguiente: "Me ha disgustado el envío de esos cien florines en nombre de las pobres Religiosas. Destinaré parte de ello a los gastos de copia y el resto le será remitido a las buenísimas monjitas con la cuenta de dichos gastos. No quiero aceptar más a este propósito. Creía que la tercera persona de que Ud. me hablaba era quizá el antiguo Rey de Holanda". Y al pie agrega esta post data: *"Afectuosos recuerdos a nuestras queridas Ursulinas, a las que me felicito de haber sido útil nuevamente".*

Con el Archiduque Rodolfo, discípulo y gran amigo de Beethoven, que era además eclesiástico y que con el tiempo fué elevado a la dignidad cardenalicia así como a la sede episcopal de Olmutz (Moravia), el maestro no obró con menor delicadeza al dedicarle gran número de sus obras, incluso una de las dos grandes Misas, la op. 123. "Al componer esta gran Misa —expresa en otra carta— ha sido mi deseo principal el de despertar y hacer perdurables los sentimientos reli-

giosos, tanto en los cantores como en los oyentes". A través de estos párrafos se puede advertir que de su música hizo evidentemente un verdadero apostolado.

Este espíritu fué tal vez lo que le movió a rechazar en 1802 la propuesta de unos editores en estos términos (conviene tenerlos presente cuando algunos biógrafos nos presentan a Beethoven como encendido partidario de los dogmas de la Revolución francesa): "Esto hubiera podido hacerse quizá en la época de la fiebre revolucionaria. Pero ahora, cuando todo parece tornar al buen camino, cuando Bonaparte ha hecho un Concordato con el Papa, ¿qué objeto tendría una sonata así? Si se tratase de una Missa pro Sancta Maria a tre voci o de un Oficio de Vísperas, etc..... Pero ¡por Dios santo! ¡Una sonata de esa clase en los nuevos tiempos creyentes que se avecinan!" Como se ve, Beethoven estaba perfectamente al tanto del acuerdo firmado entre el Papa Pío VII y el General Bonaparte, aún Cónsul, en fecha 15 de julio de 1801 y promulgado recién el 8 de abril de 1802, por el cual se reconocía a la Religión católica como la de la mayoría del pueblo francés, se establecía la división eclesiástica jurisdiccional de Francia y se determinaban no menores ventajas recíprocas para ambos poderes que traerían al país la instauración de la paz religiosa, y, con ella, la paz política, a cuyo fausto suceso vino a sumarse la oportuna publicación de la brillante apología de la fe católica escrita por Chateaubriand: El genio del Cristianismo. No se me escapa, por otra parte, la ironía que acompaña a la contraoferta del maestro. Era habitual en él bromear y expresarse por medio de paradojas y retruécanos. Los traviesos scherzos intercalados en algunas de sus obras de contenido severo y trágico, y que constituyeron el escándalo de algunos críticos de su época, traducen sin duda musicalmente esa modalidad espiritual, que tantas incomprensiones le acarreó. El compositor se excusaba diciendo: "Cáusame gran pena el constatar que los sentimientos más puros, más inocentes pueden ser a veces mal interpretados". Y, en forma tajante, adelantaba esta respuesta: "Esto obedece a que soy un hombre asaz brutal, con deplorable frecuencia". Luego de esta humilde confesión, se alza sin embargo con aquel orgullo con que siempre amparó sus sentimientos más caros: "Sepan que jamás, jamás podrán tenerme por un villano: desde mi niñez aprendí a amar la virtud y cuanto es bello y bueno". O bien de este modo: "Las murmuraciones, las calumnias quedan muy por debajo de la dignidad de un hombre que sabe hacerse superior a ellas... Muy a su punto estaba, ciertamente, mi indignación, pero el justo debe sufrir con paciencia la injusticia sin apartarse lo más mínimo de la justicia. Animado de este espíritu soporto cuantas pruebas caen sobre mi persona".

Esto me lleva a subrayar una virtud asaz notable en Beethoven: la humildad. Primero ante el Creador a quien atribuía cuanto su genio construyera. A un destinatorio lejano le escribe: "¿Se ha oído ya ahí algunas de mis grandes obras?" Ante este asomo de vanidad retrocede y pone las cosas en su punto: "¡Y he dicho grandes! En comparación con las obras del Altísimo todo es mezquino". Luego, frente a los compositores como él: "No despojes de su corona de laurel a Haendel, Hayden y Mozart —le regaña a un amigo— porque son ellos quienes la merecen y no yo". Al último, principalmente, le profesaba una gran admiración: "Siempre me he contado entre los más grandes admiradores de Mozart y lo seguiré siendo hasta mi último suspiro". Y a Cherubini le escribe: "Sí, créame que me siento transportado a otro mundo cuando oigo alguna nueva ópera suya; pongo en ello un interés mayor que en la audición de mis propias obras. En suma le rindo homenaje y le admiro". En otra oportunidad había dicho: "Por lo que al genio se refiere, sólo el alemán Haendel y Sebastián Bach lo han poseído". ¿Y con el resto del prójimo? En una carta afirma: "Me hace daño la humildad del hombre ante el hombre". Sólo veía la superioridad de Dios, aunque como ya vimos se inclinaba ante el genio de otros hombres. Y dice: "Considerándome en relación con el universo ¿qué soy yo y qué es el que se tiene por muy grande? Y sin embargo he ahí lo que hay de divino en el hombre". Conocido es aquel pasaje en

que, al regresar a su casa en compañía de Goethe, y al aproximarse toda la familia imperial por el camino, se cala el sombrero hasta los ojos, se abrocha el paletó, cruza los brazos a la espalda y entra en medio de la multitud, mientras Goethe se deshacía en reverencias y cumplidos al paso de los monarcas. Al narrar esta escena en una carta, Beethoven expresa: "Los reyes y los príncipes pueden, sin duda, crear profesores, consejeros y conferirles títulos honoríficos, condecoraciones, pero está fuera de su alcance hacer grandes hombres, espíritus que se eleven sobre la vulgar muchedumbre". La verdad, frente a estas aparentes contradicciones, se manifiesta en estos párrafos: "El verdadero artista no conoce el orgullo. Sabe ¡ay! perfectamente que el arte no tiene límites; de un modo impreciso comprende cuán lejos se halla siempre de la perfección, y mientras otros humanos acaso le admiran, él lamenta no haber llegado aún a esa meta, allí donde una perfección absoluta no brilla para él sino como un sol lejano".

Estando en Moelding, el 15 *de julio de* 1819 *escribió una epístola al Archiduque Rodolfo en la que se excusa de no poder visitarle, a pesar de las tentativas que ya había hecho en ese sentido, pues se halla muy delicado de salud; y añade el siguiente párrafo: "Las perpetuas contrariedades motivadas por mi sobrino, cuyo ser moral puede considerarse arruinado, en absoluto, han influído de un modo considerable en mi estado".*

Desde enero de 1816 *hasta marzo de* 1827, *el ya de sobra atribulado compositor tuvo que sobrellevar la pesada cruz de la tutela de Carlos, hijo de uno de sus hermanos muerto en aquella fecha. Las cartas dirigidas a Giannastasio del Río, preceptor a quien Beethoven entregó a Carlos para su educación, como también toda la correspondencia enviada a los distintos destinatarios comprendidos en esos once años, expresan de algún modo, directo o indirecto, el celo, la preocupación, las contrariedades y dificultades que su función de padre adoptivo le ocasionaba, hasta llegar al estado que el párrafo antes transcripto determina. En* 1818, *la madre del jovencito, mujer de vida oscura y silenciosa, consiguió arrebatarle dicha tutela, la cual sólo pudo recuperarla el maestro dos años después tras complicadas gestiones judiciales. En una carta dirigida al Municipio de Viena expone las razones de su reclamo, y entre otras cosas expresa: "Ya en vida de mi hermano me había designado para esta misión cerca de su hijo, y debo confesar que me siento llamado más que nadie a enfervorizar a mi sobrino con el ejemplo de mi virtud y de mi actividad". En otros párrafos alega: "Mi moralidad de costumbres es reconocida no sólo general y públicamente, sino por escritores tan distinguidos como Weissenbach", y agrega que no lo guía otro interés que el de "practicar el bien y el de tener la plena conciencia de haber procedido rectamente y de haber educado a un digno súbito del Estado". Al exponer el carácter de la educación que ha ordenado se le imparticse, expresa: "Además, he encontrado un eclesiástico que le inculca los deberes de cristiano y de hombre, ya que sólo sobre esa base se puede formar verdaderos hombres".*

Todos sus desvelos, sus fatigas, sus vigilias e inversiones de dinero para hacer de Carlos un hombre honorable fracasaron a tal grado que, en 1825, *le dirige al ingrato sobrino una carta de la cual destaco el siguiente párrafo, lleno de amargura pero también de dignidad: "Dios jamás me ha abandonado y ya encontraré a alguien que me cierre los ojos". Y termina con estas palabras: "Adiós; aquel que, sin duda, no te ha dado la vida, pero que ciertamente te la ha conservado y que ha venido cuidando de cultivarte el espíritu con preferencia a cualquier otra cosa, paternalmente, y aún más, te ruega que camines por la única y verdadera senda de todo lo que es bueno y honrado. Adiós.* Tu fiel y buen padre"*. Como corolario a este episodio de la vida Beethoven, cabe añadir que en la hora de morir expresó su voluntad, por escrito, de que: "Mi sobrino Carlos debe ser mi único heredero".*

Aunque creo se podrían destacar aún otras facetas más de la religiosidad de Beethoven, en las múltiples formas con que ella se manifiesta cuando un cris-

tiano vive su fe, cerraré este artículo consignando el entrañable amor que el compositor sentía por la naturaleza en cuya contemplación se refugiaba para dar paz a su alma; y aunque a veces comprobaba "con tristeza que aun no puedo hallar punto de apoyo sino en mi propio corazón" y "que en torno mío no hay consuelo para mis dolores", nada le produce tanta alegría "como vagar a través de las enramadas de los bosques, de las praderas y de las rocas, con mi papel de música por compañero". Era un amor límpido, inocente, fecundo, libre de las lucubraciones filosófico-naturalistas que algunos biógrafos le endosan; y, aun diría, era un amor a la naturaleza como creación de Dios, "el que todo lo concentra en El". De su pecho anheloso se escapa esta exclamación: "¡Dios todopoderoso! Soy feliz en los bosques, feliz en los bosques donde cada árbol habla de ti. ¡Qué esplendor! En estos bosques y en las colinas encuentro la calma, la calma para servirte!" Y de este amor, sí, creo no equivocarme, surgieron muchas de sus obras, y hasta me lo imagino en este sentido como Juan Joergensen nos presenta a San Francisco de Asís en el acto de crear el inmortal Cántico del Sol: *"En su tugurio de San Damián, Francisco vivía como un ciego, sin poder aguantar ni la luz del sol ni el brillo del fuego. Una noche así arreciaron sus padecimientos que no pudo menos de exhalar para Dios este grito: "¡Señor, acúdeme, porque yo pueda llevar en paciencia mi enfermedad!" Entonces oyó en espíritu una voz que le decía: "Dime, fray Francisco, ¿quedarías contento si en cambio de las penas que te afligen, te fuera dado un tesoro tal que, con él, toda la tierra valiera nada?" Francisco respondió incontinenti que sí. Entonces la voz continuó: "Pues bien, Francisco, alégrate y canta en tu dolorosa enfermedad, que con ella tienes ganado el reino de los cielos".*

Al día siguiente, levantándose con el alba, el santo propúsose componer "un nuevo canto de alabanzas de las creaturas del Señor, de las cuales nosotros nos servimos a diario, sin las cuales no podríamos de ninguna manera vivir", y así comenzaron a brotar las estrofas del cántico celebérrimo que empieza de esta manera: "Alttisimo, omnipotente, bon Signore..." *No de otro modo, y en circunstancias muy similares, debieron brotar también las inmortales armonías de una* Sexta sinfonía.

Si bien el famoso testamento de Heilingenstadt fué escrito por Beethoven en 1802, *hay párrafos que, al ocurrir efectivamente su muerte en* 1827, *conservan toda su actualidad. De modo que, cuando en la tarde de aquel* 26 *de marzo en que el genial compositor agonizaba tras terribles sufrimientos físicos y morales, abandonado de la mayoría de las personas que habían disfrutado de su amistad y hasta habían, muchos de ellos, enriquecido a costa de su trabajo, hubiera podido escribir lo que un cuarto de siglo antes manifestara en dicho testamento: "El mal que me causasteis alguna vez os fué perdonado, como sabéis, hace mucho tiempo. Mi más ferviente deseo es que logréis una vida más grata, más libre de preocupaciones que la mía. Recomendad a vuestros hijos la virtud: es lo único que puede darnos la felicidad; ella y no los bienes materiales. Hablo así por experiencia personal. La virtud es lo que me ha consolado de mis desdichas".*

No he hallado, en ninguna de las 19 *cartas editadas en castellano, una sola opinión heterodoxa de Beethoven. No sé si en otras epístolas, no vertidas a nuestra lengua, la habrá. Pero lo cierto es que la que cita R. Rolland en su pequeña biografía del compositor, donde no le ha faltado ocasión en querer demostrar "la libertad de las inspiraciones religiosas" del gran músico, no prueba nada en contra de la fe católica de éste o, en el mejor de los casos, demostraría que su formación dogmática sería algo confusa, como ocurre hoy mismo con tantos fieles de piedad acendrada, que viven de los sacramentos, pero que no se preocupan de perfeccionar su formación religiosa. Por lo demás, Beethoven vivió en una época en la que se oían por doquier los sarcasmos impíos de Voltaire, que había dado a luz de Michelet e incubaba a Renán. Viena, ambiente donde el compositor compuso casi todas sus obras, arrancó estas frases amargas a Wágner*

cuando visitara a Beethoven: "Al decir Viena, está dicho todo. Borrado todo resto del protestantismo alemán; hasta el acento nacional se ha perdido e italianizado... Es el país de la historia falsificada, de la ciencia falsificada, de la religión falsificada... Con un escepticismo frívolo que había de arruinar y hundir el amor a la verdad, al honor y a la independencia". Sin embargo, Beethoven supo sustraerse a tanta miseria y elevarse a cumbres que no hubiera alzando, a pesar de su genio, si no hubiera contado con la ayuda de un profundo espíritu religioso.

El 14 *de marzo de* 1827 *escribía en una de sus postreras epístolas: "Verdaderamente un signo cruel me persigue. Pero a él me entrego rogando a Dios para que en su divina voluntad haga que no pase necesidades lo que me reste de padecer en esta vida. Esto me infundirá fuerzas para soportar mi suerte, por dura y terrible que siempre sea, resignándome a la voluntad del Altísimo". Expresaba así por escrito lo que ya había sido una de las principales características de su vida: la resignación fundada en la confianza en Dios. El* 24 *de ese mes recibía los últimos sacramentos. El* 26, *a las* 6 *de la tarde, mientras se desencadenaba sobre Viena una furiosa tempestad, Beethoven entrega su alma al veredicto del Juez Omnipotente. Fué fiel, hasta el postrer aliento, a dos cosas, a las mismas que Donoso Cortés —otro genio también violentamente bondadoso— atribuyera su redención: "El sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral y una ternura de corazón que llegó a ser una flaqueza".*

Quizá a algún lector se le ocurra pensar, ya al término del artículo que más bien he destacado lo moral *antes que lo* religioso *a través del epistolario de Beethoven. Es probable; pero bajo las virtudes morales aquí subrayadas cuesta poco advertir nítidas y firmes las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, con lo que nos hallamos a la vista de una vida, y de un arte, sostenidos sobre los fundamentos inconmovibles de la religión revelada.*

Carlos R. Garat

